

The background of the cover is a painting. It depicts a woman in a dark, long-sleeved dress standing in a room. The lighting is dramatic, with a strong light source from the right, possibly a window, casting long shadows. In the bottom right corner, there is a bright, fiery orange and yellow glow, suggesting a fire. The overall style is reminiscent of 19th-century painting.

Henrik Ibsen

Hedda Gabler

E LEJANDRIA



Henrik Ibsen

Hedda Gabler

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

HEDDA GABLER

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1890

FUENTE: PROJECT GUTENBERG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA, DESDE LA TRADUCCIÓN AL INGLÉS
DE EDMUND GOSSE Y WILLIAM ARCHER
EDICIÓN ORIGINAL: CHARLES SCRIBNER'S SONS

HEDDA GABLER

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PERSONAJES

JORGE TESMAN.*

HEDDA TESMAN, su esposa.

SEÑORITA JULIANA TESMAN, su tía.

SEÑORA ELVSTED.

JUEZ** BRACK.

EILERT LÖVBORG.

BERTA, criada en casa de los Tesman.

*Tesman, cuyo nombre de pila en el original es «Jørgen», es descrito como *stipendiat i kulturhistorie*, es decir, titular de una beca de investigación en Historia de la Civilización.

**En el original, «Assessor».

La acción transcurre en la villa de Tesman, en la zona oeste de Cristianía.

ACTO PRIMERO

Un salón espacioso, elegante y amueblado con buen gusto, decorado en tonos oscuros. Al fondo, una amplia abertura con las cortinas descorridas que conduce a una habitación más pequeña, decorada en el mismo estilo que el salón. En la pared derecha de la sala principal, una puerta plegable que da al vestíbulo. En la pared opuesta, a la izquierda, una puerta de cristal, también con las cortinas descorridas. A través de los cristales se puede ver parte de una galería exterior y árboles cubiertos de follaje otoñal. Una mesa ovalada, con un tapete, y rodeada de sillas, se encuentra en un lugar prominente. Delante, junto a la pared de la derecha, una gran estufa de porcelana oscura, un sillón de respaldo alto, un reposapiés acolchado y dos escabeles. Un canapé, con una pequeña mesa redonda delante, ocupa la esquina superior derecha. Delante, a la izquierda, a poca distancia de la pared, un sofá. Más atrás de la puerta de cristal, un piano. A cada lado de la abertura del fondo, un estante con adornos de terracota y mayólica. — Contra la pared del fondo de la habitación interior, un sofá con una mesa y una o dos sillas. Sobre el sofá cuelga el retrato de un hombre apuesto y de edad avanzada con uniforme de General. Sobre la mesa, una lámpara colgante con una pantalla de cristal opalino. — Varios ramos de flores están dispuestos por el salón, en jarrones y vasos. Otros yacen sobre las mesas. El suelo de ambas habitaciones está cubierto con alfombras gruesas. — Luz matutina. El sol entra por la puerta de cristal.

La SEÑORITA JULIANA TESMAN, con su sombrero puesto y llevando una sombrilla, entra desde el vestíbulo, seguida por BERTA, que lleva un ramo de flores envuelto en papel. La SEÑORITA

TESMAN es una dama atractiva y de aspecto agradable, de unos sesenta y cinco años. Viste con elegancia pero con sencillez, con un traje de calle gris. BERTA es una mujer de mediana edad, de apariencia sencilla y algo rústica.

SEÑORITA TESMAN

[Se detiene junto a la puerta, escucha y dice en voz baja:]

—¡Por mi vida, no creo que se hayan levantado todavía!

BERTA

[También en voz baja.]

—Ya se lo dije, señorita. Recuerde lo tarde que llegó el vapor anoche. Y luego, cuando llegaron a casa... ¡Dios santo, todo lo que la joven señora tuvo que deshacer antes de poder acostarse!

SEÑORITA TESMAN

—Bueno, bueno, que duerman todo lo que necesiten. Pero asegurémonos de que respiren un buen aire fresco de la mañana cuando aparezcan.

[Se acerca a la puerta de cristal y la abre de par en par.]

BERTA

[Junto a la mesa, sin saber qué hacer con el ramo que tiene en la mano.]

—Le aseguro que no queda ni un hueco. Creo que lo dejaré aquí, señorita. [Lo coloca sobre el piano.]

SEÑORITA TESMAN

—Así que ahora tienes una nueva señora, mi querida Berta. Sabe Dios que fue un gran pesar para mí separarme de ti.

BERTA

[A punto de llorar.]

—¿Y cree que no fue duro para mí también, señorita? Después de todos los benditos años que he estado con usted y la señorita Rina.

SEÑORITA TESMAN

—Debemos resignarnos, Berta. No había otra solución. Jorge no puede prescindir de ti, ya ves, es absolutamente imposible. Te ha tenido a ti para cuidarlo desde que era un niño pequeño.

BERTA

—Ah, pero, señorita Julia, no puedo evitar pensar en la señorita Rina, postrada e indefensa en casa, pobrecita. ¡Y solo con esa chica nueva! Nunca aprenderá a cuidar debidamente a una enferma.

SEÑORITA TESMAN

—Oh, ya me las arreglaré para enseñarle. Y por supuesto, ya sabes, yo misma me encargaré de la mayor parte. No tienes por qué preocuparte por mi pobre hermana, mi querida Berta.

BERTA

—Bueno, pero hay otra cosa, señorita. Tengo un miedo mortal de no ser del agrado de la joven señora.

SEÑORITA TESMAN

—Oh, bueno, al principio puede que haya una o dos cosillas...

BERTA

—Seguramente será terriblemente distinguida en sus modales.

SEÑORITA TESMAN

—Bueno, no es de extrañar, ¡la hija del General Gabler! Piensa en la vida que estaba acostumbrada a llevar en tiempos de su padre. ¿No recuerdas cómo la veíamos cabalgar por el camino junto al General? ¿Con aquel largo traje de amazona negro y plumas en el sombrero?

BERTA

—¡Sí, claro que lo recuerdo! Pero, Dios santo, nunca hubiera soñado en aquellos días que ella y el señorito Jorge acabarían casándose.

SEÑORITA TESMAN

—Ni yo. Pero, por cierto, Berta, ahora que lo pienso: en el futuro no debes decir señorito Jorge. Debes decir doctor Tesman.

BERTA

—Sí, la joven señora también habló de eso anoche, en cuanto pusieron un pie en la casa. ¿Es verdad entonces, señorita?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, por supuesto que es verdad. Imagínate, Berta, una universidad extranjera le ha nombrado doctor mientras estaba en el extranjero, ¿entiendes? No había oído ni una palabra al respecto hasta que él mismo me lo dijo en el muelle.

BERTA

—Bueno, bueno, es lo bastante listo para cualquier cosa. Pero no pensé que se hubiera dedicado a curar gente.

SEÑORITA TESMAN

—No, no, no es esa clase de doctor. [Asiente significativamente.] Pero déjame decirte que puede que tengamos que llamarlo por un título aún más importante dentro de poco.

BERTA

—¡No me diga! ¿Y qué puede ser eso, señorita?

SEÑORITA TESMAN

[Sonriendo.]

—Mmm... ¿no te gustaría saberlo? [Con emoción.] Ay, Dios mío, si mi pobre hermano pudiera levantar la cabeza de su tumba ahora y ver en lo que se ha convertido su pequeño! [Mira a su alrededor.]

Pero, cielos, Berta, ¿por qué has hecho esto? Has quitado las fundas de cretona de todos los muebles.

BERTA

—La señora me dijo que lo hiciera. Dice que no soporta las fundas en las sillas.

SEÑORITA TESMAN

—¿Van a usar este como su salón de diario, entonces?

BERTA

—Sí, eso entendí de la señora. El señorito Jorge —el doctor— no dijo nada.

JORGE TESMAN entra por la derecha a la habitación interior, tarareando para sí y llevando una maleta vacía y desabrochada. Es un hombre de treinta y tres años, de mediana estatura y aspecto juvenil, más bien corpulento, con un rostro redondo, franco y alegre, cabello y barba rubios. Lleva gafas y viste con cierto descuido, con ropa cómoda de casa.

SEÑORITA TESMAN

—Buenos días, buenos días, Jorge.

TESMAN

[En el umbral entre las habitaciones.]

—¡Tía Julia! ¡Querida tía Julia! [Se acerca a ella y le estrecha la mano calurosamente.] ¡Venir hasta aquí tan temprano! ¿Eh?

SEÑORITA TESMAN

—Pues claro que tenía que venir a ver cómo os estabais instalando.

TESMAN

—¿A pesar de no haber descansado bien anoche?

SEÑORITA TESMAN

—Oh, eso no me importa.

TESMAN

—Bueno, supongo que llegaste bien a casa desde el muelle, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, sin problemas, gracias a Dios. El juez Brack tuvo la amabilidad de acompañarme hasta la puerta.

TESMAN

—Sentimos mucho no haberte podido ofrecer un sitio en el carruaje. Pero ya viste la cantidad de baúles que Hedda traía consigo.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, ciertamente tenía muchos baúles.

BERTA

[A TESMAN.]

—¿Quiere que entre a ver si puedo ayudar en algo a la señora?

TESMAN

—No, gracias, Berta, no es necesario. Dijo que tocaría la campanilla si necesitaba algo.

BERTA

[Dirigiéndose hacia la derecha.]

—Muy bien.

TESMAN

—Pero mira, llévate esta maleta.

BERTA

[Tomándola.]

—La guardaré en el desván.

[Sale por la puerta del vestíbulo.]

TESMAN

—Imagínate, tita: ¡tenía toda esa maleta a rebosar de copias de documentos! No te creerías todo lo que he encontrado en los archivos que he estado examinando... curiosos detalles antiguos de los que nadie tenía ni idea...

SEÑORITA TESMAN

—Sí, parece que no has perdido el tiempo en tu viaje de bodas, Jorge.

TESMAN

—No, desde luego que no. Pero quítate el sombrero, tita. ¡Mira! Deja que te desate las cintas, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

[Mientras él lo hace.]

—Bueno, bueno, esto es como si todavía estuvieras en casa con nosotras.

TESMAN

[Con el sombrero en la mano, lo mira por todos lados.]

—¡Vaya, qué sombrero tan espléndido te has comprado!

SEÑORITA TESMAN

—Lo compré por Hedda.

TESMAN

—¿Por Hedda? ¿Eh?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, para que Hedda no se avergüence de mí si salimos juntas.

TESMAN

[Dándole una palmadita en la mejilla.]

—Siempre piensas en todo, tía Julia. [Deja el sombrero en una silla junto a la mesa.] Y ahora, mira, sentémonos cómodamente en el sofá y charlemos un poco hasta que venga Hedda.

[Se sientan. Ella coloca su sombrilla en la esquina del sofá.]

SEÑORITA TESMAN

[Le toma ambas manos y lo mira.]

—¡Qué alegría tenerte de nuevo aquí, de carne y hueso, ante mis propios ojos, Jorge! ¡Mi Jorge, el hijo de mi pobre hermano!

TESMAN

—¡Y para mí también es una alegría volver a verte, tía Julia! Tú, que has sido padre y madre para mí.

SEÑORITA TESMAN

—Oh, sí, sé que siempre guardarás un lugar en tu corazón para tus viejas tías.

TESMAN

—¿Y qué tal tía Rina? ¿Ninguna mejoría, eh?

SEÑORITA TESMAN

—Oh, no, apenas podemos esperar ninguna mejoría en su caso, pobrecita. Allí yace, indefensa, como ha estado todos estos años. ¡Pero quiera el cielo que no la pierda todavía! Porque si lo hiciera, no sé qué haría con mi vida, Jorge, especialmente ahora que ya no te tengo a ti a quien cuidar.

TESMAN

[Dándole palmaditas en la espalda.]

—¡Vamos, vamos, vamos...!

SEÑORITA TESMAN

[Cambiando de tono de repente.]

—¡Y pensar que ahora eres un hombre casado, Jorge! ¡Y que tú fueras quien se llevara a Hedda Gabler, la hermosa Hedda Gabler! ¡Imagínatelo, ella, que estaba tan rodeada de admiradores!

TESMAN

[Tararea un poco y sonrío con aire complaciente.]

—Sí, me imagino que tengo varios buenos amigos por la ciudad a los que les gustaría estar en mi lugar, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

—¡Y luego este largo y maravilloso viaje de bodas que habéis tenido! Más de cinco, casi seis meses...

TESMAN

—Bueno, para mí ha sido también una especie de viaje de investigación. He tenido que rebuscar mucho en archivos antiguos y leer un sinfín de libros, tita.

SEÑORITA TESMAN

—Oh, sí, supongo que sí. [Más confidencialmente y bajando un poco la voz.] Pero escucha, Jorge, ¿no tienes nada, nada especial que contarme?

TESMAN

—¿Sobre nuestro viaje?

SEÑORITA TESMAN

—Sí.

TESMAN

—No, no sé de nada excepto lo que te he contado en mis cartas. Me concedieron el doctorado, pero eso ya te lo dije ayer.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, sí, lo hiciste. Pero a lo que me refiero es... ¿no tienes ninguna... ninguna... expectativa?

TESMAN

—¿Expectativas?

SEÑORITA TESMAN

—¡Vamos, Jorge, soy tu tía!

TESMAN

—Pues claro que tengo expectativas.

SEÑORITA TESMAN

—¡Ah!

TESMAN

—Tengo todas las expectativas de ser catedrático uno de estos días.

SEÑORITA TESMAN

—Oh, sí, un catedrático...

TESMAN

—De hecho, puedo decir que estoy seguro de ello. ¡Pero mi querida tita, si tú ya lo sabes todo sobre eso!

SEÑORITA TESMAN

[Riendo para sus adentros.]

—Sí, por supuesto que lo sé. Tienes toda la razón. [Cambiando de tema.] Pero estábamos hablando de vuestro viaje. Debe de haber costado mucho dinero, ¿verdad, Jorge?

TESMAN

—Bueno, ya ves, mi generosa beca de viaje ayudó bastante.

SEÑORITA TESMAN

—Pero no entiendo cómo has podido hacer que alcance para dos.

TESMAN

—No, no es fácil de entender, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

—Y especialmente viajando con una dama... me dicen que eso lo hace muchísimo más caro.

TESMAN

—Sí, por supuesto, lo hace un poco más caro. ¡Pero Hedda tenía que hacer este viaje, tita! Realmente lo necesitaba. No había otra opción.

SEÑORITA TESMAN

—No, no, supongo que no. Un viaje de bodas parece ser indispensable hoy en día. Pero dime, ¿has inspeccionado a fondo la casa ya?

TESMAN

—Sí, puedes estar segura. He estado en pie desde el amanecer.

SEÑORITA TESMAN

—¿Y qué te parece todo?

TESMAN

—¡Estoy encantado! ¡Absolutamente encantado! Solo que no sé qué vamos a hacer con las dos habitaciones vacías que hay entre este salón interior y el dormitorio de Hedda.

SEÑORITA TESMAN

[Riendo.]

—Oh, mi querido Jorge, me atrevo a decir que les encontrarás algún uso con el tiempo.

TESMAN

—¡Pues claro que tienes razón, tía Julia! Te refieres a medida que mi biblioteca crezca, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, exactamente, mi querido niño. Estaba pensando en tu biblioteca.

TESMAN

—Estoy especialmente contento por Hedda. A menudo, antes de prometernos, decía que nunca le gustaría vivir en otro sitio que no fuera la villa del secretario Falk.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, fue una suerte que esta misma casa saliera al mercado justo después de que os marcharais.

TESMAN

—Sí, tía Julia, la suerte estuvo de nuestro lado, ¿verdad que sí, eh?

SEÑORITA TESMAN

—¡Pero el gasto, mi querido Jorge! Te resultará todo esto muy caro.

TESMAN

[La mira, un poco abatido.]

—¡Sí, supongo que sí, tía!

SEÑORITA TESMAN

—¡Oh, terriblemente!

TESMAN

—¿Cuánto crees? ¿En números redondos, eh?

SEÑORITA TESMAN

—Oh, no puedo ni imaginarlo hasta que lleguen todas las facturas.

TESMAN

—Bueno, afortunadamente, el juez Brack me ha conseguido las condiciones más favorables, o eso dijo en una carta a Hedda.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, no te preocupes, mi querido niño. Además, yo he dado una garantía por los muebles y todas las alfombras.

TESMAN

—¿Garantía? ¿Tú? Mi querida tía Julia, ¿qué clase de garantía podías dar?

SEÑORITA TESMAN

—He hipotecado nuestra renta vitalicia.

TESMAN

[Se levanta de un salto.]

—¡Qué! ¿Sobre tu... y la renta vitalicia de tía Rina?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, no conocía otro plan, ya ves.

TESMAN

[Poniéndose frente a ella.]

—¿Has perdido el juicio, tita? Vuestra renta vitalicia es todo lo que tú y tía Rina tenéis para vivir.

SEÑORITA TESMAN

—Bueno, bueno, no te alteres tanto por eso. Es solo una formalidad, sabes, el juez Brack me lo aseguró. Fue él quien tuvo la amabilidad de arreglar todo el asunto por mí. Una simple formalidad, dijo.

TESMAN

—Sí, puede que esté muy bien. Pero, sin embargo...

SEÑORITA TESMAN

—Ahora tendrás tu propio salario del que depender. Y, cielos, ¡¡incluso si tuviéramos que pagar un poco! ¡Para estirar un poco las cosas al principio! ¡Pues no sería más que un placer para nosotras!

TESMAN

—¡Oh, tita, nunca te cansarás de hacer sacrificios por mí!

SEÑORITA TESMAN

[Se levanta y le pone las manos en los hombros.]

—¿Tengo alguna otra felicidad en este mundo que no sea allanarte el camino, mi querido niño? Tú, que no has tenido ni padre ni madre en quien apoyarte. ¡Y ahora hemos alcanzado la meta, Jorge! Las cosas han parecido bastante negras para nosotros a veces; pero, gracias al cielo, ahora no tienes nada que temer.

TESMAN

—Sí, es realmente maravilloso cómo todo ha salido a pedir de boca.

SEÑORITA TESMAN

—Y la gente que se te oponía, que quería cerrarte el paso, ahora los tienes a tus pies. Han caído, Jorge. Tu rival más peligroso... su caída fue la peor. Y ahora tiene que yacer en el lecho que él mismo se ha hecho, pobre criatura descarriada.

TESMAN

—¿Has sabido algo de Eilert? Desde que me fui, quiero decir.

SEÑORITA TESMAN

—Solo que se dice que ha publicado un nuevo libro.

TESMAN

—¡Qué! ¡Eilert Lövborg! ¿Recientemente, eh?

SEÑORITA TESMAN

—Sí, eso dicen. ¡Sabe Dios si valdrá algo! Ah, cuando aparezca tu nuevo libro, ¡eso será otra historia, Jorge! ¿De qué va a tratar?

TESMAN

—Tratará sobre las industrias domésticas de Brabante durante la Edad Media.

SEÑORITA TESMAN

—¡Imagínate, ser capaz de escribir sobre un tema así!

TESMAN

—Sin embargo, puede que pase algún tiempo antes de que el libro esté listo. Tengo que organizar todas estas recopilaciones primero, ya ves.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, recopilar y organizar, nadie te gana en eso. En eso eres el vivo retrato de mi pobre hermano.

TESMAN

—Estoy deseando ponerme a trabajar en ello; especialmente ahora que tengo mi propio y encantador hogar para trabajar.

SEÑORITA TESMAN

—Y, sobre todo, ahora que tienes a la esposa de tu corazón, mi querido Jorge.

TESMAN

[Abrazándola.]

—¡Oh, sí, sí, tía Julia! ¡Hedda, ella es la mejor parte de todo! Me parece oír la venir, ¿eh?

HEDDA entra desde la izquierda a través de la habitación interior. Su rostro y figura muestran refinamiento y distinción. Su tez es pálida y opaca. Sus ojos de color gris acero expresan una calma fría e imperturbable. Su cabello es de un agradable castaño, pero no particularmente abundante. Viste una bata de mañana de buen gusto, algo holgada.

SEÑORITA TESMAN

[Yendo al encuentro de HEDDA.]

—¡Buenos días, mi querida Hedda! ¡Buenos días y una calurosa bienvenida!

HEDDA

[Le tiende la mano.]

—Buenos días, querida señorita Tesman. ¡Qué visita tan temprana! Es muy amable de su parte.

SEÑORITA TESMAN

[Con cierta vergüenza.]

—Bueno, ¿ha dormido bien la novia en su nuevo hogar?

HEDDA

—Oh, sí, gracias. Pasablemente.

TESMAN

[Riendo.]

—¡Pasablemente! ¡Vamos, eso es bueno, Hedda! Dormías como un tronco cuando me levanté.

HEDDA

—Afortunadamente. Por supuesto, uno siempre tiene que acostumbrarse a un nuevo entorno, señorita Tesman, poco a poco. [Mirando hacia la izquierda.] Oh, la criada ha ido y ha abierto la puerta de la galería, y ha dejado entrar todo un torrente de sol.

SEÑORITA TESMAN

[Dirigiéndose hacia la puerta.]

—Bueno, entonces la cerraremos.

HEDDA

—¡No, no, eso no! Tesman, por favor, corre las cortinas. Eso dará una luz más suave.

TESMAN

[En la puerta.]

—De acuerdo, de acuerdo. Ya está, Hedda, ahora tienes sombra y aire fresco.

HEDDA

—Sí, aire fresco ciertamente necesitamos, con todos estos montones de flores... Pero, ¿no quiere sentarse, señorita Tesman?

SEÑORITA TESMAN

—No, gracias. Ahora que he visto que todo está en orden aquí, ¡gracias al cielo!, debo volver a casa. Mi hermana yace esperándome con anhelo, pobrecita.

TESMAN

—Dale mis mejores recuerdos, tita; y dile que pasaré a verla más tarde.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, sí, se lo diré sin falta. Pero, por cierto, Jorge... [Buscando en el bolsillo de su vestido] ...casi lo olvido, tengo algo para ti aquí.

TESMAN

—¿Qué es, tita? ¿Eh?

SEÑORITA TESMAN

[Saca un paquete plano envuelto en papel de periódico y se lo entrega.]

—Mira, mi querido niño.

TESMAN

[Abriendo el paquete.]

—¡Vaya, por mi vida! ¿De verdad me las has guardado, tía Julia? ¡Hedda! ¿No es conmovedor, eh?

HEDDA

[Junto al estante de la derecha.]

—Bueno, ¿qué es?

TESMAN

—¡Mis viejas zapatillas de casa! Mis pantuflas.

HEDDA

—Ah, sí. Recuerdo que a menudo hablabas de ellas mientras estábamos en el extranjero.

TESMAN

—Sí, las eché terriblemente de menos. [Se acerca a ella.] ¡Ahora las verás, Hedda!

HEDDA

[Yendo hacia la estufa.]

—Gracias, la verdad es que no me interesa.

TESMAN

[Siguiéndola.]

—Imagínate, tan enferma como estaba, tía Rina me las bordó. Oh, no puedes imaginar cuántos recuerdos están ligados a ellas.

HEDDA

[En la mesa.]

—Apenas para mí.

SEÑORITA TESMAN

—Por supuesto que no para Hedda, Jorge.

TESMAN

—Bueno, pero ahora que pertenece a la familia, pensé...

HEDDA

[Interrumpiendo.]

—Nunca nos llevaremos bien con esta criada, Tesman.

SEÑORITA TESMAN

—¿No llevarse bien con Berta?

TESMAN

—Pero, querida, ¿qué te hace pensar eso? ¿Eh?

HEDDA

[Señalando.]

—¡Mira ahí! Ha dejado su viejo sombrero tirado en una silla.

TESMAN

[Consternado, deja caer las zapatillas al suelo.]

—Pero, Hedda...

HEDDA

—¡Imagínate que alguien entrara y lo viera!

TESMAN

—Pero Hedda, ese es el sombrero de tía Julia.

HEDDA

—¡Ah, sí!

SEÑORITA TESMAN

[Recogiendo el sombrero.]

—Sí, en efecto es mío. Y, además, no es viejo, señora Hedda.

HEDDA

—Realmente no lo miré con atención, señorita Tesman.

SEÑORITA TESMAN

[Probándose el sombrero.]

—Déjeme decirle que es la primera vez que lo uso, la primerísima vez.

TESMAN

—Y es un sombrero muy bonito, ¡una preciosidad!

SEÑORITA TESMAN

—Oh, no es para tanto, Jorge. [Mira a su alrededor.] ¿Mi sombrilla...? Ah, aquí. [La coge.] Porque esta también es mía... [murmura] ...no de Berta.

TESMAN

—¡Un sombrero nuevo y una sombrilla nueva! Imagínate, Hedda.

HEDDA

—Muy elegantes, por cierto.

TESMAN

—Sí, ¿verdad que sí? ¿Eh? Pero tita, ¡mira bien a Hedda antes de irte! ¡Mira qué guapa está!

SEÑORITA TESMAN

—Oh, mi querido niño, eso no es nada nuevo. Hedda siempre fue encantadora.

[Asiente y se dirige hacia la derecha.]

TESMAN

[Siguiéndola.]

—Sí, pero ¿has notado qué espléndida forma tiene? ¿Cómo ha ganado cuerpo en el viaje?

HEDDA

[Cruzando la habitación.]

—¡Oh, cállate de una vez...!

SEÑORITA TESMAN

[Que se ha detenido y se ha vuelto.]

—¿Ganado cuerpo?

TESMAN

—Claro, no se nota tanto ahora que lleva ese vestido. Pero yo, que puedo ver...

HEDDA

[En la puerta de cristal, con impaciencia.]

—Oh, no puedes ver nada.

TESMAN

—Debe ser el aire de la montaña en el Tirol...

HEDDA

[Secamente, interrumpiendo.]

—Estoy exactamente igual que cuando me fui.

TESMAN

—Eso insistes; pero estoy segurísimo de que no. ¿No estás de acuerdo conmigo, tita?

SEÑORITA TESMAN

[Que la ha estado contemplando con las manos juntas.]

—Hedda es encantadora... encantadora... encantadora. [Se acerca a ella, le toma la cabeza entre ambas manos, la inclina hacia abajo y le besa el pelo.] Dios bendiga y proteja a Hedda Tesman, por el bien de Jorge.

HEDDA

[Liberándose suavemente.]

—¡Oh...! Déjame.

SEÑORITA TESMAN

[Con tranquila emoción.]

—No dejaré pasar un solo día sin venir a veros.

TESMAN

—No lo harás, ¿verdad, tita? ¿Eh?

SEÑORITA TESMAN

—¡Adiós, adiós!

[Sale por la puerta del vestíbulo. TESMAN la acompaña. La puerta queda entreabierta. Se oye a TESMAN repetir su mensaje para tía Rina y sus agradecimientos por las zapatillas.]

[Mientras tanto, HEDDA camina por la habitación, levantando los brazos y apretando los puños como en un gesto de desesperación. Luego descorre las cortinas de la puerta de cristal y se queda allí mirando hacia fuera.]

[Al poco rato, TESMAN regresa y cierra la puerta tras de sí.]

TESMAN

[Recoge las zapatillas del suelo.]

—¿Qué estás mirando, Hedda?

HEDDA

[De nuevo tranquila y dueña de sí misma.]

—Solo estoy mirando las hojas. Están tan amarillas... tan marchitas.

TESMAN

[Envuelve las zapatillas y las deja sobre la mesa.]

—Bueno, ya ves, ya estamos bien entrados en septiembre.

HEDDA

[De nuevo inquieta.]

—Sí, ¡pensar que ya estamos en... en septiembre!

TESMAN

—¿No te parece extraño el comportamiento de tía Julia, querida? Casi solemne. ¿Te imaginas qué le pasaba? ¿Eh?

HEDDA

—Apenas la conozco, ya ves. ¿No es así a menudo?

TESMAN

—No, no como hoy.

HEDDA

[Dejando la puerta de cristal.]

—¿Crees que se molestó por lo del sombrero?

TESMAN

—Oh, apenas. Quizás un poco, solo en el momento...

HEDDA

—¡Pero qué idea, dejar su sombrero tirado por el salón! Nadie hace esas cosas.

TESMAN

—Bueno, puedes estar segura de que tía Julia no lo volverá a hacer.

HEDDA

—En cualquier caso, me las arreglaré para hacer las paces con ella.

TESMAN

—Sí, mi querida y buena Hedda, si tan solo lo hicieras.

HEDDA

—Cuando la visites esta tarde, podrías invitarla a pasar la velada aquí.

TESMAN

—Sí, eso haré. Y hay otra cosa que podrías hacer que le alegraría el corazón.

HEDDA

—¿Qué es?

TESMAN

—Si tan solo pudieras decidirte a tutearla. Por mí, Hedda, ¿eh?

HEDDA

—No, no, Tesman, de verdad que no debes pedirme eso. Ya te lo he dicho. Intentaré llamarla «tía», y con eso tendrás que conformarte.

TESMAN

—Bueno, bueno. Solo que pienso que ahora que perteneces a la familia, tú...

HEDDA

—Mmm... no veo en absoluto por qué...

[Se dirige hacia la abertura central.]

TESMAN

[Después de una pausa.]

—¿Te pasa algo, Hedda? ¿Eh?

HEDDA

—Solo estoy mirando mi viejo piano. No combina nada bien con todo lo demás.

TESMAN

—La primera vez que cobre mi sueldo, veremos de cambiarlo.

HEDDA

—No, no, nada de cambiarlo. No quiero desprenderme de él. Supongamos que lo ponemos allí, en la habitación interior, y luego conseguimos otro aquí en su lugar. Cuando sea conveniente, quiero decir.

TESMAN

[Un poco desconcertado.]

—Sí... claro que podríamos hacer eso.

HEDDA

[Coge el ramo del piano.]

—Estas flores no estaban aquí anoche cuando llegamos.

TESMAN

—Tía Julia debe de haberlas traído para ti.

HEDDA

[Examinando el ramo.]

—Una tarjeta de visita. [La saca y lee:] «Volveré más tarde». ¿Puedes adivinar de quién es la tarjeta?

TESMAN

—No. ¿De quién? ¿Eh?

HEDDA

—El nombre es «Sra. Elvsted».

TESMAN

—¿De verdad? ¿La esposa del comisario Elvsted? La señorita Rysing, que era.

HEDDA

—Exacto. La chica del pelo irritante, que siempre estaba presumiendo. Un antiguo amor tuyo, me han dicho.

TESMAN

[Riendo.]

—Oh, eso no duró mucho; y fue antes de conocerte a ti, Hedda. ¡Pero imagínate que esté en la ciudad!

HEDDA

—Es extraño que nos visite. Apenas la he visto desde que dejamos la escuela.

TESMAN

—Yo tampoco la he visto desde hace... Dios sabe cuánto tiempo. Me pregunto cómo puede soportar vivir en un rincón tan apartado, ¿eh?

HEDDA

[Después de un momento de reflexión, dice de repente.]

—Dime, Tesman... ¿no es por allí cerca donde vive él... Eilert Lövborg?

TESMAN

—Sí, está en alguna parte de esa comarca.

BERTA entra por la puerta del vestíbulo.

BERTA

—Esa señora, señora, la que trajo unas flores hace un rato, está aquí de nuevo. [Señalando.] Las flores que tiene en la mano, señora.

HEDDA

—Ah, ¿sí? Bueno, por favor, hágala pasar.

BERTA abre la puerta a la SEÑORA ELVSTED y sale. — La SEÑORA ELVSTED es una mujer de figura frágil, con rasgos bonitos y suaves. Sus ojos son de un azul claro, grandes, redondos y algo prominentes, con una expresión asustada e inquisitiva. Su cabello es notablemente claro, casi rubio platino, e inusualmente abundante y ondulado. Es un par de años más joven que HEDDA. Viste un traje de visita oscuro, de buen gusto, pero no exactamente a la última moda.

HEDDA

[La recibe calurosamente.]

—¿Cómo está, mi querida señora Elvsted? Es un placer volver a verla.

SEÑORA ELVSTED

[Nerviosa, luchando por controlarse.]

—Sí, ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos.

TESMAN

[Le da la mano.]

—Y nosotros también, ¿eh?

HEDDA

—Gracias por sus preciosas flores...

SEÑORA ELVSTED

—Oh, de nada... Habría venido directamente ayer por la tarde, pero oí que estabais fuera...

TESMAN

—¿Acaba de llegar a la ciudad? ¿Eh?

SEÑORA ELVSTED

—Llegué ayer, hacia el mediodía. Oh, me desesperé por completo cuando supe que no estaban en casa.

HEDDA

—¡Desesperada! ¿Cómo es eso?

TESMAN

—Vamos, mi querida señora Rysing... quiero decir, señora Elvsted...

HEDDA

—Espero que no tenga ningún problema.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, lo tengo. Y no conozco a ninguna otra criatura viviente aquí a la que pueda recurrir.

HEDDA

[Dejando el ramo sobre la mesa.]

—Venga, sentémonos aquí en el sofá...

SEÑORA ELVSTED

—Oh, estoy demasiado inquieta para sentarme.

HEDDA

—Oh no, no lo está. Venga aquí.

[Hace que la SEÑORA ELVSTED se siente en el sofá y se sienta a su lado.]

TESMAN

—Bueno, ¿qué ocurre, señora Elvsted...?

HEDDA

—¿Ha ocurrido algo en particular en su casa?

SEÑORA ELVSTED

—Sí... y no. Oh, estoy tan ansiosa de que no me malinterpreten...

HEDDA

—Entonces su mejor opción es contarnos toda la historia, señora Elvsted.

TESMAN

—Supongo que para eso ha venido, ¿eh?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, sí, por supuesto que sí. Bueno, entonces debo decirles, si no lo saben ya, que Eilert Lövborg también está en la ciudad.

HEDDA

—¡Lövborg...!

TESMAN

—¡Qué! ¿Ha vuelto Eilert Lövborg? ¡Imagínate, Hedda!

HEDDA

—Bueno, bueno... ya lo oigo.

SEÑORA ELVSTED

—Lleva aquí una semana ya. Imagínense, ¡una semana entera!
¡En esta terrible ciudad, solo! Con tantas tentaciones por todas partes.

HEDDA

—Pero, mi querida señora Elvsted, ¿cómo le concierne tanto a usted?

SEÑORA ELVSTED

[La mira con aire sobresaltado y dice rápidamente.]

—Era el tutor de los niños.

HEDDA

—¿De sus hijos?

SEÑORA ELVSTED

—De mi marido. Yo no tengo ninguno.

HEDDA

—De sus hijastros, entonces.

SEÑORA ELVSTED

—Sí.

TESMAN

[Algo vacilante.]

—Entonces, ¿era él... no sé cómo expresarlo... era... lo suficientemente regular en sus hábitos como para ser apto para el puesto? ¿Eh?

SEÑORA ELVSTED

—Durante los últimos dos años su conducta ha sido irreprochable.

TESMAN

—¿De verdad? ¡Imagínate, Hedda!

HEDDA

—Lo oigo.

SEÑORA ELVSTED

—¡Perfectamente irreprochable, se lo aseguro! En todos los aspectos. Pero aun así, ahora que sé que está aquí, en esta gran ciudad, y con una gran suma de dinero en sus manos, no puedo evitar sentir un miedo mortal por él.

TESMAN

—¿Por qué no se quedó donde estaba? ¿Con usted y su marido? ¿Eh?

SEÑORA ELVSTED

—Después de que se publicara su libro, estaba demasiado inquieto e inestable para quedarse con nosotros.

TESMAN

—Sí, por cierto, tía Julia me dijo que había publicado un nuevo libro.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, un libro grande, que trata sobre el avance de la civilización, a grandes rasgos, por así decirlo. Salió hace unas dos semanas. Y como se ha vendido tan bien, y ha sido tan leído, y ha causado tal sensación...

TESMAN

—¿De verdad? Debe ser algo que tenía guardado desde sus mejores tiempos.

SEÑORA ELVSTED

—¿Hace mucho tiempo, quiere decir?

TESMAN

—Sí.

SEÑORA ELVSTED

—No, lo ha escrito todo desde que está con nosotros, en el último año.

TESMAN

—¿No son buenas noticias, Hedda? Piensa en eso.

SEÑORA ELVSTED

—¡Ah, sí, si tan solo durara!

HEDDA

—¿Lo ha visto aquí en la ciudad?

SEÑORA ELVSTED

—No, todavía no. He tenido la mayor dificultad para encontrar su dirección. Pero esta mañana la he descubierto por fin.

HEDDA

[La mira inquisitivamente.]

—Sabe, me parece un poco extraño por parte de su marido...
mmm...

SEÑORA ELVSTED

[Sobresaltándose nerviosamente.]

—¡De mi marido! ¿Qué?

HEDDA

—Que la envíe a la ciudad con tal recado; que no venga él mismo a cuidar de su amigo.

SEÑORA ELVSTED

—Oh no, no, mi marido no tiene tiempo. Y además, yo... yo tenía que hacer unas compras.

HEDDA

[Con una leve sonrisa.]

—Ah, eso es otra cosa.

SEÑORA ELVSTED

[Levantándose rápida e inquieta.]

—Y ahora le ruego y le imploro, señor Tesman, ¡reciba amablemente a Eilert Lövborg si viene a verle! Y seguro que lo hará. Ya ve, ustedes eran grandes amigos en los viejos tiempos. Y además se interesan por los mismos estudios, la misma rama de la ciencia, hasta donde puedo entender.

TESMAN

—Al menos solíamos hacerlo.

SEÑORA ELVSTED

—Por eso le ruego tan encarecidamente que usted... usted también... le vigile de cerca. Oh, me prometerá eso, señor Tesman, ¿verdad que sí?

TESMAN

—Con el mayor de los placeres, señora Rysing...

HEDDA

—Elvsted.

TESMAN

—Le aseguro que haré todo lo que pueda por Eilert. Puede contar conmigo.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, qué amable, qué amabilísimo es usted! [Le aprieta las manos.] ¡Gracias, gracias, gracias! [Asustada.] ¡Verá, mi marido le tiene mucho aprecio!

HEDDA

[Levantándose.]

—Deberías escribirle, Tesman. Quizás no se atreva a venir a verte por su propia voluntad.

TESMAN

—Bueno, ¿quizás sería lo correcto, Hedda? ¿Eh?

HEDDA

—Y cuanto antes, mejor. ¿Por qué no ahora mismo?

SEÑORA ELVSTED

[Implorante.]

—¡Oh, si tan solo lo hiciera!

TESMAN

—Escribiré en este mismo momento. ¿Tiene su dirección, señora... señora Elvsted?

SEÑORA ELVSTED

—Sí. [Saca un trozo de papel del bolsillo y se lo entrega.] Aquí está.

TESMAN

—Bien, bien. Entonces entraré... [Mira a su alrededor.] Por cierto, ¿mis zapatillas? Oh, aquí. [Coge el paquete y está a punto de irse.]

HEDDA

—Asegúrate de escribirle una carta cordial y amistosa. Y una bien larga también.

TESMAN

—Sí, lo haré.

SEÑORA ELVSTED

—Pero por favor, por favor, no diga ni una palabra que demuestre que yo se lo he sugerido.

TESMAN

—No, ¿cómo podría pensar que lo haría? ¿Eh?

[Sale hacia la derecha, a través de la habitación interior.]

HEDDA

[Se acerca a la SEÑORA ELVSTED, sonrío y dice en voz baja.]

—¡Ahí está! Hemos matado dos pájaros de un tiro.

SEÑORA ELVSTED

—¿Qué quiere decir?

HEDDA

—¿No ve que quería que se fuera?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, para escribir la carta...

HEDDA

—Y para que yo pudiera hablar a solas con usted.

SEÑORA ELVSTED

[Confundida.]

—¿Sobre lo mismo?

HEDDA

—Precisamente.

SEÑORA ELVSTED

[Con aprensión.]

—¡Pero no hay nada más, señora Tesman! ¡Absolutamente nada!

HEDDA

—Oh sí, sí que lo hay. Hay mucho más, puedo verlo. Siéntese aquí, y tendremos una charla íntima y confidencial.

[Obliga a la SEÑORA ELVSTED a sentarse en el sillón junto a la estufa y se sienta ella en uno de los escabeles.]

SEÑORA ELVSTED

[Ansiosa, mirando su reloj.]

—Pero, mi querida señora Tesman, de verdad que estaba a punto de irme.

HEDDA

—Oh, no puede tener tanta prisa. ¿Y bien? Ahora cuénteme algo de su vida en casa.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, eso es precisamente de lo que menos me apetece hablar.

HEDDA

—¿Pero a mí, querida...? Vamos, ¿no éramos compañeras de escuela?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, pero usted estaba en una clase superior a la mía. ¡Oh, qué miedo tan terrible le tenía entonces!

HEDDA

—¿Miedo de mí?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, terriblemente. Porque cuando nos encontrábamos en las escaleras, usted siempre me tiraba del pelo.

HEDDA

—¿De verdad lo hacía?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, y una vez dijo que me lo iba a quemar.

HEDDA

—Oh, todo eso eran tonterías, por supuesto.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, pero yo era tan tonta en aquellos días. Y desde entonces, también, nos hemos distanciado tanto, tanto la una de la otra. Nuestros círculos han sido completamente diferentes.

HEDDA

—Bueno, entonces debemos intentar acercarnos de nuevo. Ahora escuche. En la escuela nos tuteábamos y nos llamábamos por nuestros nombres de pila...

SEÑORA ELVSTED

—No, estoy segura de que se equivoca.

HEDDA

—¡No, en absoluto! Lo recuerdo perfectamente. Así que ahora vamos a renovar nuestra vieja amistad. [Acerca el escabel a la SEÑORA ELVSTED.] ¡Así! [Le besa la mejilla.] Tienes que tutearme y llamarme Hedda.

SEÑORA ELVSTED

[Le aprieta y le da palmaditas en las manos.]

—¡Oh, qué buena y amable eres! No estoy acostumbrada a tanta amabilidad.

HEDDA

—¡Vamos, vamos! Y yo te tutearé, como en los viejos tiempos, y te llamaré mi querida Thora.

SEÑORA ELVSTED

—Mi nombre es Thea.

HEDDA

—¡Ah, claro! Quería decir Thea. [La mira con compasión.] ¿Así que no estás acostumbrada a la bondad y la amabilidad, Thea? ¿Ni en tu

propia casa?

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, si tan solo tuviera un hogar! Pero no tengo ninguno; nunca he tenido un hogar.

HEDDA

[La mira por un momento.]

—Casi lo sospechaba.

SEÑORA ELVSTED

[Mirando al frente con desamparo.]

—Sí... sí... sí.

HEDDA

—No recuerdo muy bien, ¿no fue como ama de llaves que fuiste por primera vez a casa del señor Elvsted?

SEÑORA ELVSTED

—En realidad fui como institutriz. Pero su esposa —su difunta esposa— era una inválida y rara vez salía de su habitación. Así que también tuve que encargarme de la casa.

HEDDA

—Y entonces, al final, te convertiste en la señora de la casa.

SEÑORA ELVSTED

[Con tristeza.]

—Sí, así fue.

HEDDA

—Déjame ver, ¿hace cuánto tiempo fue eso, más o menos?

SEÑORA ELVSTED

—¿Mi matrimonio?

HEDDA

—Sí.

SEÑORA ELVSTED

—Hace cinco años.

HEDDA

—Claro, debe de ser eso.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, esos cinco años...! ¡O, en todo caso, los dos o tres últimos!
¡Oh, si usted pudiera imaginar...!

HEDDA

[Dándole una palmadita en la mano.]

—¿Usted? ¡Qué vergüenza, Thea!

SEÑORA ELVSTED

—Sí, sí, lo intentaré... Bueno, si... si tan solo pudieras imaginar y comprender...

HEDDA

[Con ligereza.]

—Eilert Lövborg ha estado en tu vecindario unos tres años, ¿no es así?

SEÑORA ELVSTED

[La mira con duda.]

—¿Eilert Lövborg? Sí... así es.

HEDDA

—¿Le conocías de antes, de aquí de la ciudad?

SEÑORA ELVSTED

—Apenas. Quiero decir, lo conocía de nombre, por supuesto.

HEDDA

—¿Pero le veías mucho en el campo?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, venía a nuestra casa todos los días. Verás, daba clases a los niños; a la larga, yo no podía con todo.

HEDDA

—No, eso está claro. ¿Y tu marido...? Supongo que a menudo está fuera de casa.

SEÑORA ELVSTED

—Sí. Como comisario, ya sabes, tiene que viajar mucho por su distrito.

HEDDA

[Apoyándose en el brazo del sillón.]

—Thea, mi pobre y dulce Thea, ahora debes contármelo todo, exactamente como es.

SEÑORA ELVSTED

—Bueno, entonces debes interrogarme.

HEDDA

—¿Qué clase de hombre es tu marido, Thea? Quiero decir, ya sabes, en la vida cotidiana. ¿Es amable contigo?

SEÑORA ELVSTED

[Evasivamente.]

—Estoy segura de que tiene buenas intenciones en todo.

HEDDA

—Yo diría que debe de ser demasiado mayor para ti. Hay al menos veinte años de diferencia entre vosotros, ¿no es así?

SEÑORA ELVSTED

[Con irritación.]

—Sí, eso también es verdad. ¡Todo en él me resulta repelente! No tenemos ni un pensamiento en común. No tenemos ni un solo punto de simpatía, él y yo.

HEDDA

—¿Pero no te quiere de todos modos? ¿A su manera?

SEÑORA ELVSTED

—Oh, la verdad es que no lo sé. Creo que me considera simplemente una propiedad útil. Y además, no cuesta mucho mantenerme. No soy cara.

HEDDA

—Eso es una estupidez por tu parte.

SEÑORA ELVSTED

[Niega con la cabeza.]

—No puede ser de otra manera, no con él. No creo que realmente le importe nadie más que él mismo, y quizás un poco los niños.

HEDDA

—¿Y Eilert Lövborg, Thea?

SEÑORA ELVSTED

[Mirándola.]

—¿Por Eilert Lövborg? ¿Qué te hace pensar eso?

HEDDA

—Bueno, querida, yo diría que, cuando te envía tras él hasta la ciudad... [Sonriendo casi imperceptiblemente.] Y además, tú misma se lo dijiste a Tesman.

SEÑORA ELVSTED

[Con un pequeño tic nervioso.]

—¿Lo dije? Sí, supongo que sí. [Con vehemencia, pero sin alzar la voz.] No, imás vale que lo confiese todo de una vez! Porque de todos modos, todo saldrá a la luz.

HEDDA

—Pero, mi querida Thea...

SEÑORA ELVSTED

—Bueno, para abreviar: mi marido no sabía que iba a venir.

HEDDA

—¡Qué! ¡Tu marido no lo sabía!

SEÑORA ELVSTED

—No, por supuesto que no. De hecho, él mismo estaba fuera de casa, estaba de viaje. ¡Oh, no podía soportarlo más, Hedda! No podía, de verdad, tan completamente sola como me habría quedado en el futuro.

HEDDA

—¿Y bien? ¿Y entonces?

SEÑORA ELVSTED

—Así que reuní algunas de mis cosas, las que más necesitaba, lo más silenciosamente posible. Y entonces me fui de casa.

HEDDA

—¿Sin decir una palabra?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, y tomé el tren a la ciudad.

HEDDA

—¡Vaya, mi querida y buena Thea, pensar que te atreviste a hacerlo!

SEÑORA ELVSTED

[Se levanta y se mueve por la habitación.]

—¿Qué otra cosa podría haber hecho?

HEDDA

—Pero, ¿qué crees que dirá tu marido cuando vuelvas a casa?

SEÑORA ELVSTED

[En la mesa, la mira.]

—¿Volver con él?

HEDDA

—Por supuesto.

SEÑORA ELVSTED

—Nunca volveré con él.

HEDDA

[Levantándose y yendo hacia ella.]

—Entonces, ¿has dejado tu hogar para siempre?

SEÑORA ELVSTED

—Sí. No había otra cosa que hacer.

HEDDA

—Pero entonces, huir tan abiertamente.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, es imposible mantener en secreto cosas de ese tipo.

HEDDA

—Pero, ¿qué crees que dirá la gente de ti, Thea?

SEÑORA ELVSTED

—Pueden decir lo que quieran, por mí como si nada. [Se sienta cansada y tristemente en el sofá.] No he hecho nada más que lo que tenía que hacer.

HEDDA

[Después de un breve silencio.]

—¿Y cuáles son tus planes ahora? ¿Qué piensas hacer?

SEÑORA ELVSTED

—Todavía no lo sé. Solo sé esto, que debo vivir aquí, donde está Eilert Lövborg, si es que he de vivir.

HEDDA

[Coge una silla de la mesa, se sienta a su lado y le acaricia las manos.]

—Mi querida Thea, ¿cómo surgió esta... esta amistad entre tú y Eilert Lövborg?

SEÑORA ELVSTED

—Oh, surgió gradualmente. Gané una especie de influencia sobre él.

HEDDA

—¿De veras?

SEÑORA ELVSTED

—Abandonó sus viejos hábitos. No porque yo se lo pidiera, pues nunca me atreví a hacerlo. Pero, por supuesto, él vio lo repulsivos que eran para mí; y así los dejó.

HEDDA

[Ocultando una sonrisa involuntaria de desdén.]

—Entonces lo has redimido, como se suele decir, mi pequeña Thea.

SEÑORA ELVSTED

—Eso dice él mismo, en todo caso. Y él, por su parte, ha hecho de mí un verdadero ser humano, me ha enseñado a pensar y a comprender tantas cosas.

HEDDA

—¿También te dio clases, entonces?

SEÑORA ELVSTED

—No, no exactamente clases. Pero hablaba conmigo, hablaba de una infinidad de cosas. Y luego llegó el tiempo encantador y feliz en que empecé a compartir su trabajo, icuando me permitió ayudarle!

HEDDA

—Oh, ¿lo hizo?

SEÑORA ELVSTED

—¡Sí! Nunca escribía nada sin mi ayuda.

HEDDA

—Erais dos buenos camaradas, de hecho.

SEÑORA ELVSTED

[Con entusiasmo.]

—¡Camaradas! Sí, imagínate, Hedda, iesa es la misma palabra que usó! Oh, debería sentirme perfectamente feliz; y sin embargo no puedo, porque no sé cuánto durará.

HEDDA

—¿Tan poco segura estás de él?

SEÑORA ELVSTED

[Sombríamente.]

—La sombra de una mujer se interpone entre Eilert Lövborg y yo.

HEDDA

[La mira con ansiedad.]

—¿Quién puede ser?

SEÑORA ELVSTED

—No lo sé. Alguien que conoció en su... en su pasado. Alguien a quien nunca ha podido olvidar del todo.

HEDDA

—¿Qué te ha contado él sobre esto?

SEÑORA ELVSTED

—Solo una vez, de forma muy vaga, aludió a ello.

HEDDA

—¡Y bien! ¿Y qué dijo?

SEÑORA ELVSTED

—Dijo que cuando se separaron, ella le amenazó con dispararle con una pistola.

HEDDA

[Con fría compostura.]

—¡Oh, tonterías! Nadie hace ese tipo de cosas aquí.

SEÑORA ELVSTED

—No. Y por eso creo que debe de haber sido esa cantante pelirroja con la que una vez...

HEDDA

—Sí, muy probablemente.

SEÑORA ELVSTED

—Porque recuerdo que solían decir de ella que llevaba armas de fuego cargadas.

HEDDA

—Oh, entonces, por supuesto, debe de haber sido ella.

SEÑORA ELVSTED

[Retorciéndose las manos.]

—Y ahora imagínate, Hedda, ¡he oído que esta cantante, que está de nuevo en la ciudad! Oh, no sé qué hacer...

HEDDA

[Mirando hacia la habitación interior.]

—¡Silencio! Aquí viene Tesman. [Se levanta y susurra.] Thea, todo esto debe quedar entre tú y yo.

SEÑORA ELVSTED

[Levantándose de un salto.]

—¡Oh, sí, sí! ¡Por el amor de Dios...!

JORGE TESMAN, con una carta en la mano, entra desde la derecha a través de la habitación interior.

TESMAN

—Ya está, la epístola está terminada.

HEDDA

—Estupendo. Y ahora la señora Elvsted se va. Espere un momento, la acompañaré hasta la puerta del jardín.

TESMAN

—¿Crees que Berta podría echar la carta al correo, Hedda, querida?

HEDDA

[La coge.]

—Se lo diré.

BERTA entra desde el vestíbulo.

BERTA

—El juez Brack desea saber si la señora Tesman puede recibirle.

HEDDA

—Sí, pídale al juez Brack que entre. Y mira, echa esta carta al correo.

BERTA

[Cogiendo la carta.]

—Sí, señora.

[Abre la puerta al JUEZ BRACK y sale. Brack es un hombre de cuarenta y cinco años; corpulento, pero bien constituido y de movimientos elásticos. Su rostro es redondeado con un perfil aristocrático. Su cabello es corto, todavía casi negro, y cuidadosamente peinado. Sus cejas son espesas. Sus bigotes también son espesos, con las puntas recortadas. Viste un traje de calle bien cortado, un poco juvenil para su edad. Usa un monóculo, que de vez en cuando deja caer.]

JUEZ BRACK

[Con el sombrero en la mano, haciendo una reverencia.]

—¿Se puede aventurar uno a visitar a una hora tan temprana?

HEDDA

—Por supuesto que se puede.

TESMAN

[Le estrecha la mano.]

—Es usted bienvenido a cualquier hora. [Presentándolo.] Juez Brack... Señorita Rysing...

HEDDA

—¡Oh...!

BRACK

[Haciendo una reverencia.]

—Ah, encantado...

HEDDA

[Le mira y ríe.]

—¡Es agradable verle a la luz del día, Juez!

BRACK

—¿Me encuentra... cambiado?

HEDDA

—Un poco más joven, creo.

BRACK

—Muchísimas gracias.

TESMAN

—Pero, ¿qué piensa de Hedda, eh? ¿No se la ve espléndida? De hecho, ha...

HEDDA

—Oh, déjame en paz. No le has agradecido al juez Brack todas las molestias que se ha tomado...

BRACK

—Oh, tonterías, fue un placer para mí...

HEDDA

—Sí, es usted un verdadero amigo. Pero aquí está Thea, impaciente por marcharse. Así que, au revoir, Juez. Volveré enseguida.

[Saludos mutuos. La SEÑORA ELVSTED y HEDDA salen por la puerta del vestíbulo.]

BRACK

—Y bien, ¿su esposa está razonablemente satisfecha?

TESMAN

—Sí, no podemos agradecerérselo lo suficiente. Por supuesto, habla de hacer algún pequeño cambio aquí y allá; y todavía faltan una o

dos cosas. Tendremos que comprar algunas menudencias adicionales.

BRACK

—¡Vaya!

TESMAN

—Pero no le molestaremos con estas cosas. Hedda dice que ella misma se encargará de lo que falte. ¿Nos sentamos, eh?

BRACK

—Gracias, por un momento. [Se sienta junto a la mesa.] Hay algo de lo que quería hablarle, mi querido Tesman.

TESMAN

—¿Ah, sí? ¡Ah, entiendo! [Sentándose.] Supongo que ahora viene la parte seria de la fiesta, ¿eh?

BRACK

—Oh, la cuestión del dinero no es tan apremiante; aunque, por cierto, desearía que hubiéramos sido un poco más económicos.

TESMAN

—¡Pero eso nunca habría funcionado, ya sabe! ¡Piense en Hedda, mi buen amigo! ¡Usted, que la conoce tan bien...! ¡No podría pedirle que se conformara con un estilo de vida modesto!

BRACK

—No, no, esa es precisamente la dificultad.

TESMAN

—Y además, afortunadamente, no puede faltar mucho para que reciba mi nombramiento.

BRACK

—Bueno, ya ve, esas cosas a menudo tienden a demorarse mucho tiempo.

TESMAN

—¿Ha oído algo definitivo? ¿Eh?

BRACK

—Nada exactamente definitivo... [Interrumpiéndose.] Pero, por cierto, tengo una noticia para usted.

TESMAN

—¿Y bien?

BRACK

—Su viejo amigo, Eilert Lövborg, ha regresado a la ciudad.

TESMAN

—Eso ya lo sé.

BRACK

—¡Vaya! ¿Cómo se enteró?

TESMAN

—Por esa señora que salió con Hedda.

BRACK

—¿De verdad? ¿Cómo se llamaba? No lo entendí bien.

TESMAN

—Señora Elvsted.

BRACK

—Ajá, ¿la esposa del comisario Elvsted? Por supuesto, ha estado viviendo en su comarca.

TESMAN

—Y fíjese, me alegra mucho saber que es un hombre completamente reformado.

BRACK

—Eso dicen.

TESMAN

—Y además ha publicado un nuevo libro, ¿eh?

BRACK

—Sí, así es.

TESMAN

—¡Y oigo que ha causado sensación!

BRACK

—Una sensación bastante inusual.

TESMAN

—¡Imagínese, qué buena noticia! Un hombre de talentos tan extraordinarios... Sentí tanta pena al pensar que se había arruinado irremediablemente.

BRACK

—Eso es lo que todo el mundo pensaba.

TESMAN

—¡Pero no puedo imaginar a qué se dedicará ahora! ¿Cómo diablos podrá ganarse la vida? ¿Eh?

[Durante las últimas palabras, HEDDA ha entrado por la puerta del vestíbulo.]

HEDDA

[A BRACK, riendo con un toque de desdén.]

—Tesman siempre está preocupándose por cómo se gana la vida la gente.

TESMAN

—Bueno, verás, querida, estábamos hablando del pobre Eilert Lövborg.

HEDDA

[Mirándole rápidamente.]

—¿Ah, sí? [Se sienta en el sillón junto a la estufa y pregunta con indiferencia:] ¿Qué le pasa?

TESMAN

—Bueno, sin duda ha dilapidado toda su fortuna hace mucho tiempo; y apenas puede escribir un libro nuevo cada año, ¿eh? Así que realmente no veo qué va a ser de él.

BRACK

—Quizás yo pueda darle alguna información sobre ese punto.

TESMAN

—¡Vaya!

BRACK

—Debe recordar que sus parientes tienen bastante influencia.

TESMAN

—Oh, sus parientes, por desgracia, se han desentendido completamente de él.

BRACK

—En un tiempo lo llamaban la esperanza de la familia.

TESMAN

—¡En un tiempo, sí! Pero él ha acabado con todo eso.

HEDDA

—¿Quién sabe? [Con una leve sonrisa.] Oigo que lo han redimido en casa del comisario Elvsted...

BRACK

—Y luego este libro que ha publicado...

TESMAN

—Bueno, bueno, espero por Dios que encuentren algo que hacer para él. Acabo de escribirle. Le pedí que viniera a vernos esta noche, Hedda querida.

BRACK

—Pero, mi querido amigo, esta noche está usted comprometido para mi fiesta de solteros. Me lo prometió anoche en el muelle.

HEDDA

—¿Lo habías olvidado, Tesman?

TESMAN

—Sí, lo había olvidado por completo.

BRACK

—Pero no importa, porque puede estar seguro de que no vendrá.

TESMAN

—¿Qué le hace pensar eso? ¿Eh?

BRACK

[Con una pequeña vacilación, levantándose y apoyando las manos en el respaldo de su silla.]

—Mi querido Tesman, y usted también, señora Tesman, creo que no debería mantenerles en la ignorancia sobre algo que... que...

TESMAN

—¿Que concierne a Eilert...?

BRACK

—Tanto a ustedes como a él.

TESMAN

—Bueno, mi querido Juez, suéltelo.

BRACK

—Debe estar preparado para que su nombramiento se retrase más de lo que deseaba o esperaba.

TESMAN

[Levantándose de un salto, inquieto.]

—¿Hay algún contratiempo? ¿Eh?

BRACK

—El nombramiento quizás se condicione al resultado de una oposición...

TESMAN

—¡Oposición! ¡Imagínate eso, Hedda!

HEDDA

[Se reclina más en la silla.]

—¡Ajá, ajá!

TESMAN

—Pero, ¿quién puede ser mi competidor? Seguramente no...

BRACK

—Sí, precisamente: Eilert Lövborg.

TESMAN

[Juntando las manos.]

—No, no, ¡es completamente imposible! ¿Eh?

BRACK

—Mmm, a eso podría llegar todo, de todos modos.

TESMAN

—Bueno, pero, Juez Brack, eso mostraría la más increíble falta de consideración hacia mí. [Gesticula con los brazos.] Porque, imagínese, ¡soy un hombre casado! Nos hemos casado contando con estas perspectivas, Hedda y yo; y nos hemos endeudado hasta el

cuello; y también hemos pedido dinero prestado a tía Julia. Cielos, prácticamente me habían prometido el puesto. ¿Eh?

BRACK

—Bueno, bueno, bueno, sin duda lo conseguirá al final; solo que después de una competición.

HEDDA

[Inmóvil en su sillón.]

—Imagínate, Tesman, eso tendrá una especie de interés deportivo.

TESMAN

—Pero, mi queridísima Hedda, ¿cómo puedes ser tan indiferente al respecto?

HEDDA

[Como antes.]

—No soy indiferente en absoluto. Estoy muy ansiosa por ver quién gana.

BRACK

—En cualquier caso, señora Tesman, es mejor que sepa cómo están las cosas. Quiero decir, antes de que se ponga a hacer esas pequeñas compras que oigo que amenaza con hacer.

HEDDA

—Esto no cambiará nada.

BRACK

—¡Vaya! Entonces no tengo más que decir. ¡Adiós! [A TESMAN.] Pasaré a buscarle de camino de vuelta de mi paseo vespertino.

TESMAN

—Oh, sí, sí, su noticia me ha trastornado por completo.

HEDDA

[Reclinada, le tiende la mano.]

—Adiós, Juez; y no olvide pasar por la tarde.

BRACK

—Muchas gracias. ¡Adiós, adiós!

TESMAN

[Acompañándole hasta la puerta.]

—¡Adiós, mi querido Juez! Discúlpeme de verdad... [El JUEZ BRACK sale por la puerta del vestíbulo.]

TESMAN

[Cruza la habitación.]

—Oh, Hedda, uno nunca debería lanzarse a aventuras. ¿Eh?

HEDDA

[Le mira, sonriendo.]

—¿Tú haces eso?

TESMAN

—Sí, querida, no se puede negar, fue una aventura casarse y establecerse solo con meras expectativas.

HEDDA

—Quizás tengas razón en eso.

TESMAN

—Bueno, en cualquier caso, ¡tenemos nuestro hogar encantador, Hedda! Imagínate, el hogar con el que ambos soñábamos, el hogar del que estábamos enamorados, casi podría decir. ¿Eh?

HEDDA

[Levantándose lenta y cansinamente.]

—Era parte de nuestro pacto que íbamos a hacer vida social, a tener la casa abierta.

TESMAN

—¡Sí, si supieras las ganas que tenía! ¡Imagínate, verte como anfitriona, en un círculo selecto! ¿Eh? Bueno, bueno, bueno, por el momento tendremos que arreglárnoslas sin vida social, Hedda, solo invitar a tía Julia de vez en cuando. ¡Oh, tenía la intención de que llevaras una vida completamente diferente, querida...!

HEDDA

—Por supuesto, todavía no puedo tener a mi lacayo con librea.

TESMAN

—Oh, no, por desgracia. Estaría fuera de toda posibilidad para nosotros mantener un lacayo, ya sabes.

HEDDA

—Y el caballo de montar que iba a tener...

TESMAN

[Espantado.]

—¡El caballo de montar!

HEDDA

—...supongo que no debo pensar en eso ahora.

TESMAN

—¡Cielos, no! ¡Eso está más claro que el agua!

HEDDA

[Sube por la habitación.]

—Bueno, al menos tendré una cosa con la que matar el tiempo mientras tanto.

TESMAN

[Radiante.]

—¡Oh, gracias al cielo por eso! ¿Qué es, Hedda? ¿Eh?

HEDDA

[En la abertura central, le mira con disimulado desdén.]

—Mis pistolas, Jorge.

TESMAN

[Alarmado.]

—¡Tus pistolas!

HEDDA

[Con ojos fríos.]

—Las pistolas del General Gabler.

[Sale a través de la habitación interior, hacia la izquierda.]

TESMAN

[Corre hacia la abertura central y la llama:]

—¡No, por el amor de Dios, Hedda, querida, no toques esas cosas peligrosas! ¡Por mí, Hedda! ¿Eh?

ACTO SEGUNDO

La misma habitación en casa de los TESMAN que en el primer acto, con la excepción de que se ha retirado el piano y en su lugar se ha colocado un elegante y pequeño escritorio con estanterías. Una mesa más pequeña se encuentra cerca del sofá de la izquierda. La mayoría de los ramos de flores han sido retirados. El ramo de la SEÑORA ELVSTED está sobre la gran mesa del frente. — Es por la tarde.

HEDDA, vestida para recibir visitas, está sola en la habitación. Se encuentra junto a la puerta de cristal abierta, cargando un revólver. El otro, su pareja, yace en un estuche de pistolas abierto sobre el escritorio.

HEDDA

[Mira hacia el jardín y llama:]

—¡Así que está aquí de nuevo, Juez!

BRACK

[Se le oye llamar a lo lejos.]

—¡Como ve, señora Tesman!

HEDDA

[Levanta la pistola y apunta.]

—¡Ahora le disparo, Juez Brack!

BRACK

[Llamando, sin ser visto.]

—¡No, no, no! ¡No me apunte así!

HEDDA

—Esto es lo que pasa por entrar a hurtadillas. [Dispara.]

BRACK

[Más cerca.]

—¡Ha perdido usted el juicio...!

HEDDA

—Cielo santo... ¿acaso le he dado?

BRACK

[Todavía fuera.]

—¡Le agradecería que dejara estas bromas!

HEDDA

—Entre entonces, Juez.

El JUEZ BRACK, vestido como para una reunión de hombres, entra por la puerta de cristal. Lleva un abrigo ligero sobre el brazo.

BRACK

—¡Qué diablos...! ¿Todavía no se ha cansado de ese deporte? ¿A qué le está disparando?

HEDDA

—Oh, solo estoy disparando al aire.

BRACK

[Le quita suavemente la pistola de la mano.]

—¡Permítame, señora! [La mira.] Ah, ¡conozco bien esta pistola! [Mira a su alrededor.] ¿Dónde está el estuche? Ah, aquí está. [Coloca la pistola en él y lo cierra.] Ya no jugaremos más a ese juego por hoy.

HEDDA

—Entonces, ¿qué demonios quiere que haga conmigo misma?

BRACK

—¿No ha tenido visitas?

HEDDA

[Cerrando la puerta de cristal.]

—Ni una. Supongo que toda nuestra gente sigue fuera de la ciudad.

BRACK

—¿Y Tesman tampoco está en casa?

HEDDA

[En el escritorio, guardando el estuche de las pistolas en un cajón que cierra.]

—No. Se fue corriendo a casa de sus tías justo después del almuerzo; no le esperaba a usted tan temprano.

BRACK

—Mmm, ¡qué estúpido por mi parte no haber pensado en eso!

HEDDA

[Volviendo la cabeza para mirarle.]

—¿Por qué estúpido?

BRACK

—Porque si lo hubiera pensado, habría venido un poco... antes.

HEDDA

[Cruzando la habitación.]

—Entonces no habría encontrado a nadie que le recibiera; pues he estado en mi habitación cambiándome de ropa desde el almuerzo.

BRACK

—¿Y no hay ninguna pequeña rendija por la que pudiéramos parlamentar?

HEDDA

—Se le olvidó disponer una.

BRACK

—Esa fue otra estupidez.

HEDDA

—Bueno, tendremos que instalarnos aquí y esperar. No es probable que Tesman vuelva hasta dentro de un buen rato.

BRACK

—No importa, no me impacientaré.

HEDDA se sienta en la esquina del sofá. BRACK deja su abrigo sobre el respaldo de la silla más cercana y se sienta, pero mantiene el sombrero en la mano. Un breve silencio. Se miran el uno al otro.

HEDDA

—¿Y bien?

BRACK

[En el mismo tono.]

—¿Y bien?

HEDDA

—Yo hablé primero.

BRACK

[Inclinándose un poco hacia adelante.]

—Venga, tengamos una pequeña y agradable charla, señora Hedda.

HEDDA

[Reclinándose más en el sofá.]

—¿No le parece que ha pasado una eternidad desde nuestra última conversación? Por supuesto, no cuento esas pocas palabras de ayer por la noche y de esta mañana.

BRACK

—¿Se refiere a desde nuestra última conversación confidencial? ¿Nuestro último tête-à-tête?

HEDDA

—Bueno, sí, ya que lo dice así.

BRACK

—No ha pasado un día sin que deseara que estuviera de vuelta en casa.

HEDDA

—Y yo no he hecho más que desear lo mismo.

BRACK

—¿Usted? ¿De verdad, señora Hedda? ¡Y yo que pensaba que había disfrutado tanto de su viaje!

HEDDA

—¡Oh, sí, puede estar seguro de ello!

BRACK

—Pero las cartas de Tesman no hablaban más que de felicidad.

HEDDA

—¡Oh, Tesman! Verá, él cree que no hay nada tan delicioso como rebuscar en bibliotecas y hacer copias de pergaminos antiguos, o como quiera que se llamen.

BRACK

[Con una sonrisa maliciosa.]

—Bueno, esa es su vocación en la vida, o parte de ella, en cualquier caso.

HEDDA

—Sí, por supuesto; y sin duda, cuando es tu vocación... ¡Pero yo! Oh, mi querido señor Brack, qué mortalmente aburrida he estado.

BRACK

[Con simpatía.]

—¿De verdad lo dice? ¿Totalmente en serio?

HEDDA

—Sí, ¡seguro que puede entenderlo...! Pasar seis meses enteros sin encontrar a una sola alma que conociera nuestro círculo o que pudiera hablar de cosas que nos interesaran.

BRACK

—Sí, sí, yo también sentiría eso como una privación.

HEDDA

—Y luego, lo que encontré más intolerable de todo...

BRACK

—¿Y bien?

HEDDA

—...fue estar eternamente en compañía de... una misma y única persona...

BRACK

[Con un asentimiento.]

—Mañana, tarde y noche, sí, a todas horas y en todo momento.

HEDDA

—Dije «eternamente».

BRACK

—Exacto. Pero habría pensado que, con nuestro excelente Tesman, uno podría...

HEDDA

—Tesman es... un especialista, mi querido Juez.

BRACK

—Innegable.

HEDDA

—Y los especialistas no son nada divertidos para viajar. Al menos, no a la larga.

BRACK

—¿Ni siquiera... el especialista al que una ama?

HEDDA

—¡Puj! ¡No use esa palabra repugnante!

BRACK

[Desconcertado.]

—¿Qué dice, señora Hedda?

HEDDA

[Medio riendo, medio irritada.]

—¡Debería probarlo! No oír hablar de otra cosa que de la historia de la civilización, mañana, tarde y noche...

BRACK

—Eternamente.

HEDDA

—¡Sí, sí, sí! ¡Y luego todo eso sobre la industria doméstica de la Edad Media...! ¡Esa es la parte más asquerosa!

BRACK

[La mira inquisitivamente.]

—Pero dígame, en ese caso, ¿cómo debo entender su...? Mmm...

HEDDA

—¿Mi aceptación de Jorge Tesman, quiere decir?

BRACK

—Bueno, digámoslo así.

HEDDA

—Cielo santo, ¿le ve algo tan sorprendente a eso?

BRACK

—Sí y no, señora Hedda.

HEDDA

—Había bailado hasta el agotamiento, mi querido Juez. Mi tiempo había pasado... [Con un ligero escalofrío.] ¡Oh no, no diré eso; ni lo pensaré tampoco!

BRACK

—Ciertamente no tiene motivos para hacerlo.

HEDDA

—Oh, motivos... [Observándole de cerca.] Y Jorge Tesman... después de todo, debe admitir que es la corrección personificada.

BRACK

—Su corrección y respetabilidad están fuera de toda duda.

HEDDA

—Y no le veo nada absolutamente ridículo. ¿Usted sí?

BRACK

—¿Ridículo? N... no, no diría exactamente eso...

HEDDA

—Bueno, y su capacidad de investigación, en todo caso, es incansable. No veo por qué no podría llegar a destacar algún día, después de todo.

BRACK

[La mira con vacilación.]

—Pensé que usted, como todo el mundo, esperaba que alcanzara la más alta distinción.

HEDDA

[Con expresión de fatiga.]

—Sí, así era. Y luego, como él estaba empeñado, a toda costa, en que se le permitiera mantenerme, ¿realmente no sé por qué no habría de aceptar su ofrecimiento?

BRACK

—No, si lo mira desde esa perspectiva...

HEDDA

—Fue más de lo que mis otros admiradores estaban dispuestos a hacer por mí, mi querido Juez.

BRACK

[Riendo.]

—Bueno, no puedo responder por todos los demás; pero en cuanto a mí, sabe usted muy bien que siempre he sentido un... un cierto respeto por el vínculo matrimonial, por el matrimonio como institución, señora Hedda.

HEDDA

[En tono de broma.]

—Oh, le aseguro que nunca he albergado ninguna esperanza con respecto a usted.

BRACK

—Todo lo que requiero es un interior agradable e íntimo, donde pueda ser útil en todos los sentidos, y tener la libertad de entrar y salir como... como un amigo de confianza...

HEDDA

—¿Del dueño de la casa, quiere decir?

BRACK

[Inclinándose.]

—Francamente, de la señora primero; pero por supuesto también del señor, en segundo lugar. Tal amistad triangular, si se me permite llamarla así, es realmente una gran comodidad para todas las partes, déjeme decirle.

HEDDA

—Sí, muchas veces he anhelado que alguien hiciera de tercero en nuestros viajes. ¡Oh, esos tête-à-tête en los compartimentos de tren...!

BRACK

—Afortunadamente, su viaje de bodas ya ha terminado.

HEDDA

[Negando con la cabeza.]

—Ni de lejos. Solo he llegado a una estación en la línea.

BRACK

—Bueno, entonces los pasajeros se bajan y se mueven un poco, señora Hedda.

HEDDA

—Yo nunca me bajo.

BRACK

—¿De verdad?

HEDDA

—No, porque siempre hay alguien al lado para...

BRACK

[Riendo.]

—¿Para mirarle los tobillos, quiere decir?

HEDDA

—Precisamente.

BRACK

—Bueno, pero, cielo santo...

HEDDA

[Con un gesto de repulsión.]

—No lo quiero. Prefiero quedarme en mi asiento, dondequiera que esté, y continuar el tête-à-tête.

BRACK

—Pero supongamos que una tercera persona entrara de un salto y se uniera a la pareja.

HEDDA

—¡Ah, eso es harina de otro costal!

BRACK

—Un amigo de confianza y comprensivo...

HEDDA

—...con un caudal de conversación sobre todo tipo de temas animados...

BRACK

—...iy ni una pizca de especialista!

HEDDA

[Con un suspiro audible.]

—Sí, eso sería un alivio, de verdad.

BRACK

[Oye abrirse la puerta principal y mira en esa dirección.]

—El triángulo se ha completado.

HEDDA

[En voz baja.]

—Y el tren sigue su marcha.

JORGE TESMAN, con un traje de calle gris y un sombrero de fieltro blando, entra desde el vestíbulo. Lleva varios libros sin encuadernar bajo el brazo y en los bolsillos.

TESMAN

[Se acerca a la mesa junto al canapé de la esquina.]

—Uf, qué carga para un día caluroso, todos estos libros. [Los deja sobre la mesa.] Estoy sudando a mares, Hedda. Hola, ¿ya está usted aquí, mi querido Juez? ¿Eh? Berta no me lo dijo.

BRACK

[Levantándose.]

—Entré por el jardín.

HEDDA

—¿Qué libros traes ahí?

TESMAN

[De pie, ojeándolos.]

—Algunos libros nuevos sobre mis temas de especialidad, absolutamente indispensables para mí.

HEDDA

—¿Tus temas de especialidad?

BRACK

—Sí, libros sobre sus temas de especialidad, señora Tesman.

[BRACK y HEDDA intercambian una sonrisa de complicidad.]

HEDDA

—¿Necesitas todavía más libros sobre tus temas de especialidad?

TESMAN

—Sí, mi querida Hedda, nunca se tienen demasiados. Por supuesto, hay que estar al día de todo lo que se escribe y publica.

HEDDA

—Sí, supongo que sí.

TESMAN

[Buscando entre sus libros.]

—Y mira, también he conseguido el nuevo libro de Eilert Lövborg. [Ofreciéndoselo a ella.] ¿Quizás te gustaría echarle un vistazo, Hedda? ¿Eh?

HEDDA

—No, gracias. O más bien, quizás más tarde.

TESMAN

—Lo ojeé un poco de camino a casa.

BRACK

—Bueno, ¿qué le parece, como especialista?

TESMAN

—Creo que muestra una solidez de juicio bastante notable. Nunca antes había escrito así. [Juntando los libros.] Ahora llevaré todos estos a mi estudio. ¡Estoy deseando cortar las hojas! Y luego debo cambiarme de ropa. [A BRACK.] Supongo que no tenemos que salir todavía, ¿verdad? ¿Eh?

BRACK

—Oh, no, en absoluto, no hay la menor prisa.

TESMAN

—Bueno, entonces me tomaré mi tiempo. [Se va con sus libros, pero se detiene en el umbral y se vuelve.] Por cierto, Hedda, tía Julia no viene esta noche.

HEDDA

—¿No viene? ¿Es por el asunto del sombrero que no viene?

TESMAN

—Oh, en absoluto. ¿Cómo puedes pensar tal cosa de tía Julia? ¡Imagínate! El caso es que tía Rina está muy enferma.

HEDDA

—Siempre lo está.

TESMAN

—Sí, pero hoy está mucho peor de lo habitual, pobrecita.

HEDDA

—Oh, entonces es natural que su hermana se quede con ella. Tendré que soportar mi decepción.

TESMAN

—Y no te imaginas, querida, lo encantada que parecía tía Julia, ¡porque habías vuelto a casa con un aspecto tan espléndido!

HEDDA

[En voz baja, levantándose.]

—¡Oh, esas eternas tías!

TESMAN

—¿Qué?

HEDDA

[Yendo a la puerta de cristal.]

—Nada.

TESMAN

—Oh, de acuerdo. [Atraviesa la habitación interior, saliendo por la derecha.]

BRACK

—¿De qué sombrero estaban hablando?

HEDDA

—Oh, fue un pequeño episodio con la señorita Tesman esta mañana. Había dejado su sombrero en esa silla... [le mira y sonrío] ...y fingí pensar que era el de la criada.

BRACK

[Negando con la cabeza.]

—Pero, mi querida señora Hedda, ¿cómo pudo hacer tal cosa? ¡Y a esa excelente anciana, además!

HEDDA

[Cruzando nerviosamente la habitación.]

—Bueno, verá... estos impulsos me vienen de repente; y no puedo resistirme a ellos. [Se deja caer en el sillón junto a la estufa.] Oh, no sé cómo explicarlo.

BRACK

[Detrás del sillón.]

—Usted no es realmente feliz, eso es lo que subyace en el fondo.

HEDDA

[Mirando al frente.]

—No conozco ninguna razón por la que debería ser... feliz. ¿Quizás usted puede darme una?

BRACK

—Bueno, entre otras cosas, porque ha conseguido exactamente el hogar que anhelaba.

HEDDA

[Le mira y ríe.]

—¿Usted también cree en esa leyenda?

BRACK

—¿No hay nada de cierto en ella, entonces?

HEDDA

—Oh, sí, algo hay.

BRACK

—¿Y bien?

HEDDA

—Lo que hay es que utilicé a Tesman para que me acompañara a casa desde las fiestas del verano pasado...

BRACK

—Yo, por desgracia, tenía que ir por un camino completamente diferente.

HEDDA

—Es verdad. Sé que usted iba por un camino diferente el verano pasado.

BRACK

[Riendo.]

—¡Oh, qué vergüenza, señora Hedda! Bueno, entonces, ¿usted y Tesman...?

HEDDA

—Bueno, pasamos por aquí una noche; Tesman, pobre hombre, se retorció en la agonía de tener que encontrar conversación; así que me apiadé del erudito...

BRACK

[Sonríe con duda.]

—¿Se apiadó? Mmm...

HEDDA

—Sí, de verdad que sí. Y entonces, para sacarle de su tormento, se me ocurrió decir, por pura ligereza, que me gustaría vivir en esta villa.

BRACK

—¿Nada más que eso?

HEDDA

—Esa noche no.

BRACK

—¿Pero después?

HEDDA

—Sí, mi ligereza tuvo consecuencias, mi querido Juez.

BRACK

—Desgraciadamente, eso ocurre con demasiada frecuencia, señora Hedda.

HEDDA

—¡Gracias! Así que ya ve, fue este entusiasmo por la villa del secretario Falk lo que primero constituyó un lazo de simpatía entre Jorge Tesman y yo. De ahí vino nuestro compromiso y nuestra boda, y nuestro viaje de novios, y todo lo demás. Bueno, bueno, mi querido Juez, como se suele decir: quien siembra vientos, recoge tempestades.

BRACK

—¡Esto es exquisito! ¿Y realmente no le importó nada en todo ese tiempo?

HEDDA

—No, sabe Dios que no.

BRACK

—¿Pero ahora? ¿Ahora que lo hemos hecho tan acogedor para usted?

HEDDA

—Uf, todas las habitaciones parecen oler a lavanda y pétalos de rosa secos. Pero quizás sea tía Julia la que ha traído ese aroma consigo.

BRACK

[Riendo.]

—No, creo que debe ser un legado de la difunta señora del secretario Falk.

HEDDA

—Sí, hay un olor a mortalidad en ello. Me recuerda a un ramo de flores, el día después del baile. [Entrelaza las manos detrás de la cabeza, se reclina en la silla y le mira.] Oh, mi querido Juez, no se imagina lo horriblemente que me voy a aburrir aquí.

BRACK

—¿Por qué no podría usted también encontrar algún tipo de vocación en la vida, señora Hedda?

HEDDA

—¿Una vocación que me atrajera?

BRACK

—Si es posible, por supuesto.

HEDDA

—Sabe Dios qué clase de vocación podría ser esa. A menudo me pregunto si... [Interrumpiéndose.] Pero eso tampoco funcionaría.

BRACK

—¿Quién sabe? Déjeme oír qué es.

HEDDA

—Si no podría conseguir que Tesman se metiera en política, quiero decir.

BRACK

[Riendo.]

—¿Tesman? No, de verdad, la vida política no es lo suyo, en absoluto.

HEDDA

—No, me atrevería a decir que no. Pero, ¿y si pudiera meterle en ella de todos modos?

BRACK

—¿Y qué satisfacción podría encontrar en eso? Si él no es apto para ese tipo de cosas, ¿por qué querría usted empujarle a ello?

HEDDA

—¡Porque estoy aburrida, se lo digo! [Después de una pausa.] ¿Así que cree que está totalmente fuera de lugar que Tesman llegue a ser ministro?

BRACK

—Mmm, veré, mi querida señora Hedda, para llegar a ser ministro, tendría que ser un hombre tolerablemente rico.

HEDDA

[Levantándose con impaciencia.]

—¡Sí, ahí lo tenemos! ¡Es esta pobreza distinguida en la que he conseguido caer...! [Cruza la habitación.] ¡Eso es lo que hace la vida tan lamentable! ¡Tan absolutamente ridícula! Porque eso es lo que es.

BRACK

—Yo diría que la culpa está en otra parte.

HEDDA

—¿Dónde, entonces?

BRACK

—Usted nunca ha pasado por ninguna experiencia realmente estimulante.

HEDDA

—¿Algo serio, quiere decir?

BRACK

—Sí, puede llamarlo así. Pero ahora puede que le espere una.

HEDDA

[Echando la cabeza hacia atrás.]

—¡Oh, está pensando en las molestias de esta miserable cátedra! Pero eso debe ser asunto de Tesman. Le aseguro que no malgastaré ni un pensamiento en ello.

BRACK

—No, no, me atrevo a decir que no. Pero supongamos ahora que lo que la gente llama, en lenguaje elegante, una solemne responsabilidad recayera sobre usted. [Sonriendo.] ¿Una nueva responsabilidad, señora Hedda?

HEDDA

[Enfadada.]

—¡Cállese! ¡Nunca ocurrirá nada de eso!

BRACK

[Con cautela.]

—Hablabamos de esto de nuevo dentro de un año, a más tardar.

HEDDA

[Secamente.]

—No tengo talento para nada de eso, Juez Brack. ¡No quiero responsabilidades!

BRACK

—¿Es usted tan diferente a la generalidad de las mujeres como para no tener talento para deberes que...?

HEDDA

[Junto a la puerta de cristal.]

—¡Oh, cálese, se lo digo! A menudo pienso que solo hay una cosa en el mundo para la que tengo talento.

BRACK

[Acercándose a ella.]

—¿Y cuál es, si se me permite preguntar?

HEDDA

[De pie, mirando hacia fuera.]

—Aburrirme hasta la muerte. Ahora ya lo sabe. [Se vuelve, mira hacia la habitación interior y ríe.] ¡Sí, como pensaba! Ahí viene el Catedrático.

BRACK

[En voz baja, en tono de advertencia.]

—¡Vamos, vamos, vamos, señora Hedda!

JORGE TESMAN, vestido para la fiesta, con sus guantes y sombrero en la mano, entra desde la derecha a través de la habitación interior.

TESMAN

—Hedda, ¿no ha llegado ningún mensaje de Eilert Lövborg? ¿Eh?

HEDDA

—No.

TESMAN

—Entonces verás que estará aquí enseguida.

BRACK

—¿De verdad cree que vendrá?

TESMAN

—Sí, estoy casi seguro. Porque lo que nos contaba esta mañana debe haber sido un mero rumor sin fundamento.

BRACK

—¿Usted cree?

TESMAN

—En cualquier caso, tía Julia dijo que no creía ni por un momento que él volviera a interponerse en mi camino. ¡Imagínese!

BRACK

—Bueno, entonces todo está en orden.

TESMAN

[Colocando su sombrero y guantes en una silla a la derecha.]

—Sí, pero debe dejarme esperarle todo el tiempo posible.

BRACK

—Aún tenemos mucho tiempo. Ninguno de mis invitados llegará antes de las siete o siete y media.

TESMAN

—Entonces, mientras tanto, podemos hacer compañía a Hedda y ver qué pasa. ¿Eh?

HEDDA

[Colocando el sombrero y el abrigo de BRACK en el canapé de la esquina.]

—Y en el peor de los casos, el señor Lövborg puede quedarse aquí conmigo.

BRACK

[Ofreciéndose a coger sus cosas.]

—¡Oh, permítame, señora Tesman! ¿Qué quiere decir con «en el peor de los casos»?

HEDDA

—Si no quiere ir con usted y con Tesman.

TESMAN

[La mira con duda.]

—Pero, Hedda querida, ¿crees que sería del todo apropiado que se quedara aquí contigo? ¿Eh? Recuerda que tía Julia no puede venir.

HEDDA

—No, pero viene la señora Elvsted. Los tres podemos tomar una taza de té juntos.

TESMAN

—Oh, sí, eso estará bien.

BRACK

[Sonriendo.]

—Y ese sería quizás el plan más seguro para él.

HEDDA

—¿Por qué?

BRACK

—Bueno, ya sabe, señora Tesman, cómo solía usted mofarse de mis pequeñas fiestas de solteros. Declaraba que solo eran aptas para hombres de los más estrictos principios.

HEDDA

—Pero sin duda los principios del señor Lövborg son lo suficientemente estrictos ahora. Un pecador converso... [BERTA aparece en la puerta del vestíbulo.]

BERTA

—Hay un caballero que pregunta si está usted en casa, señora...

HEDDA

—Bueno, hágale pasar.

TESMAN

[En voz baja.]

—¡Estoy seguro de que es él! ¡Imagínate!

EILERT LÖVBORG entra desde el vestíbulo. Es esbelto y delgado; de la misma edad que TESMAN, pero parece mayor y algo desgastado. Su cabello y barba son de un castaño negruzco, su rostro largo y pálido, pero con manchas de color en las mejillas. Viste un traje de visita negro bien cortado, completamente nuevo. Lleva guantes oscuros y un sombrero de copa. Se detiene cerca de la puerta y hace una rápida reverencia, pareciendo algo avergonzado.

TESMAN

[Se acerca a él y le estrecha la mano calurosamente.]

—Bueno, mi querido Eilert, ¡así que al fin nos encontramos de nuevo!

EILERT LÖVBORG

[Habla en voz baja.]

—Gracias por tu carta, Tesman. [Acercándose a HEDDA.] ¿Quiere usted también darme la mano, señora Tesman?

HEDDA

[Tomando su mano.]

—Me alegro de verle, señor Lövborg. [Con un gesto de la mano.]
No sé si ustedes dos caballeros...

LÖVBORG

[Inclinándose ligeramente.]

—Juez Brack, creo.

BRACK

[Haciendo lo mismo.]

—Oh, sí... en los viejos tiempos...

TESMAN

[A LÖVBORG, con las manos en sus hombros.]

—¡Y ahora debes sentirte como en tu casa, Eilert! ¿Verdad que sí, Hedda? Porque he oído que vas a instalarte de nuevo en la ciudad, ¿eh?

LÖVBORG

—Sí, así es.

TESMAN

—Muy bien, muy bien. Déjame decirte que he conseguido tu nuevo libro; pero aún no he tenido tiempo de leerlo.

LÖVBORG

—Puede ahorrarse la molestia.

TESMAN

—¿Por qué?

LÖVBORG

—Porque hay muy poco en él.

TESMAN

—¡Imagínate! ¿Cómo puedes decir eso?

BRACK

—Pero ha sido muy elogiado, he oído.

LÖVBORG

—Eso es lo que quería; así que no puse nada en el libro con lo que todo el mundo no estuviera de acuerdo.

BRACK

—Muy sabio por su parte.

TESMAN

—¡Bueno, pero, mi querido Eilert...!

LÖVBORG

—Porque ahora pretendo ganarme una posición de nuevo, empezar de cero.

TESMAN

[Un poco avergonzado.]

—Ah, ¿eso es lo que deseas hacer? ¿Eh?

LÖVBORG

[Sonriendo, deja su sombrero y saca un paquete envuelto en papel del bolsillo de su abrigo.]

—Pero cuando este aparezca, Jorge Tesman, tendrás que leerlo. Porque este es el libro de verdad, el libro en el que he puesto mi verdadero yo.

TESMAN

—¿De verdad? ¿Y qué es?

LÖVBORG

—Es la continuación.

TESMAN

—¿La continuación? ¿De qué?

LÖVBORG

—Del libro.

TESMAN

—¿Del nuevo libro?

LÖVBORG

—Por supuesto.

TESMAN

—Pero, mi querido Eilert, ¿no llega hasta nuestros días?

LÖVBORG

—Sí, así es; y este trata del futuro.

TESMAN

—¡Del futuro! Pero, ¡cielos, no sabemos nada del futuro!

LÖVBORG

—No; pero hay una o dos cosas que decir al respecto de todos modos. [Abre el paquete.] Mira...

TESMAN

—Vaya, esa no es tu letra.

LÖVBORG

—Lo dicté. [Pasando las páginas.] Se divide en dos secciones. La primera trata de las fuerzas civilizadoras del futuro. Y aquí está la segunda... [recorriendo las páginas hacia el final] ...pronosticando la probable línea de desarrollo.

TESMAN

—¡Qué extraño! Nunca se me habría ocurrido escribir algo así.

HEDDA

[En la puerta de cristal, tamborileando en el cristal.]

—Mmm... Me atrevo a decir que no.

LÖVBORG

[Volviendo a colocar el manuscrito en su papel y dejando el paquete sobre la mesa.]

—Lo he traído, pensando que podría leerlos un poco esta noche.

TESMAN

—Muy amable por tu parte, Eilert. Pero, ¿esta noche...? [Mirando a BRACK.] No veo cómo podremos arreglárnoslas...

LÖVBORG

—Bueno, entonces, en otro momento. No hay prisa.

BRACK

—Debo decirle, señor Lövborg, que hay una pequeña reunión en mi casa esta noche, principalmente en honor a Tesman, ya sabe...

LÖVBORG

[Buscando su sombrero.]

—Oh, entonces no le entretengo...

BRACK

—No, pero escuche, ¿no me haría el favor de acompañarnos?

LÖVBORG

[Cortante y decidido.]

—No, no puedo, muchas gracias.

BRACK

—¡Oh, tonterías, venga! Seremos un círculo bastante selecto. Y le aseguro que pasaremos un «rato animado», como dice la señora Hed... como dice la señora Tesman.

LÖVBORG

—No me cabe duda. Pero, sin embargo...

BRACK

—Y entonces podría traer su manuscrito y leérselo a Tesman en mi casa. Podría darles una habitación para ustedes solos.

TESMAN

—Sí, piénsalo, Eilert, ¿por qué no? ¿Eh?

HEDDA

[Interponiéndose.]

—Pero, Tesman, ¡si el señor Lövborg realmente prefiere no hacerlo! Estoy segura de que el señor Lövborg está mucho más inclinado a quedarse aquí y cenar conmigo.

LÖVBORG

[Mirándola.]

—¿Con usted, señora Tesman?

HEDDA

—Y con la señora Elvsted.

LÖVBORG

—Ah... [Con ligereza.] La vi un momento esta mañana.

HEDDA

—¿Ah, sí? Bueno, viene esta noche. Así que ya ve que está casi obligado a quedarse, señor Lövborg, o no tendrá a nadie que la acompañe a casa.

LÖVBORG

—Es verdad. Muchas gracias, señora Tesman, en ese caso me quedaré.

HEDDA

—Entonces tengo que dar una o dos órdenes a la criada...

[Va a la puerta del vestíbulo y toca la campanilla. BERTA entra. HEDDA le habla en un susurro y señala hacia la habitación interior. BERTA asiente y vuelve a salir.]

TESMAN

[Al mismo tiempo, a LÖVBORG.]

—Dime, Eilert, ¿es este nuevo tema, el futuro, sobre lo que vas a dar conferencias?

LÖVBORG

—Sí.

TESMAN

—Me dijeron en la librería que vas a dar un ciclo de conferencias este otoño.

LÖVBORG

—Esa es mi intención. Espero que no te lo tomes a mal, Tesman.

TESMAN

—¡Oh no, en absoluto! Pero...

LÖVBORG

—Comprendo perfectamente que debe ser muy desagradable para ti.

TESMAN

[Abatido.]

—Oh, no puedo esperar que, por consideración a mí, tú...

LÖVBORG

—Pero esperaré hasta que hayas recibido tu nombramiento.

TESMAN

—¿Esperarás? Sí, pero... sí, pero... ¿no vas a competir conmigo? ¿Eh?

LÖVBORG

—No; solo me importa la victoria moral.

TESMAN

—¡Vaya, por Dios, entonces tía Julia tenía razón después de todo!
¡Oh, sí, lo sabía! ¡Hedda! Imagínate, ¡Eilert Lövborg no se va a
interponer en nuestro camino!

HEDDA

[Secamente.]

—¿Nuestro camino? Le ruego que me deje fuera de la cuestión.

[Se dirige hacia la habitación interior, donde BERTA está colocando una bandeja con licoreras y vasos sobre la mesa. HEDDA asiente con aprobación y vuelve al frente. BERTA sale.]

TESMAN

[Al mismo tiempo.]

—Y usted, Juez Brack, ¿qué dice a esto? ¿Eh?

BRACK

—Bueno, digo que una victoria moral... mmm... puede estar muy bien...

TESMAN

—Sí, ciertamente. Pero aun así...

HEDDA

[Mirando a TESMAN con una fría sonrisa.]

—Estás ahí de pie como si te hubiera caído un rayo...

TESMAN

—Sí, así estoy, casi creo...

BRACK

—¿No ve, señora Tesman, que acaba de pasar una tormenta?

HEDDA

[Señalando hacia la habitación.]

—¿No quieren tomar un vaso de ponche frío, caballeros?

BRACK

[Mirando su reloj.]

—¿La del estribo? Sí, no vendría mal.

TESMAN

—¡Una idea excelente, Hedda! ¡Justo lo que hacía falta! Ahora que me he quitado un peso de encima...

HEDDA

—¿No se une a ellos, señor Lövborg?

LÖVBORG

[Con un gesto de rechazo.]

—No, gracias. Nada para mí.

BRACK

—Pero, cielos, el ponche frío no es veneno, seguro.

LÖVBORG

—Quizás no para todo el mundo.

HEDDA

—Yo le haré compañía al señor Lövborg mientras tanto.

TESMAN

—Sí, sí, Hedda querida, hazlo.

[Él y BRACK entran en la habitación interior, se sientan, beben ponche, fuman cigarrillos y mantienen una animada conversación durante lo que sigue. EILERT LÖVBORG permanece de pie junto a la estufa. HEDDA se acerca al escritorio.]

HEDDA

[Alzando un poco la voz.]

—¿Le apetece mirar unas fotografías, señor Lövborg? ¿Sabe que Tesman y yo hicimos un recorrido por el Tirol de camino a casa?

[Coge un álbum y lo coloca sobre la mesa junto al sofá, en cuyo rincón más alejado se sienta. EILERT LÖVBORG se acerca, se detiene y la mira. Luego coge una silla y se sienta a su izquierda.]

HEDDA

[Abriendo el álbum.]

—¿Ve esta cordillera, señor Lövborg? Es el macizo de Ortler. Tesman ha escrito el nombre debajo. Aquí está: «El macizo de Ortler cerca de Merano».

LÖVBORG

[Que no le ha quitado los ojos de encima, dice suave y lentamente:]

—¡Hedda... Gabler!

HEDDA

[Mirándole apresuradamente.]

—¡Ah! ¡Silencio!

LÖVBORG

[Repite en voz baja.]

—¡Hedda Gabler!

HEDDA

[Mirando el álbum.]

—Ese era mi nombre en los viejos tiempos, cuando nos conocíamos.

LÖVBORG

—Y debo enseñarme a no volver a decir Hedda Gabler nunca más, nunca, mientras viva.

HEDDA

[Sigue pasando las páginas.]

—Sí, debe hacerlo. Y creo que debería practicar con tiempo. Cuanto antes, mejor, diría yo.

LÖVBORG

[En tono de indignación.]

—¿Hedda Gabler casada? ¿Y casada con... Jorge Tesman?

HEDDA

—Sí, así va el mundo.

LÖVBORG

—¡Oh, Hedda, Hedda, cómo pudiste echarte a perder!

HEDDA

[Le mira bruscamente.]

—¿Qué? ¡No puedo permitir esto!

LÖVBORG

—¿Qué quiere decir?

[TESMAN entra en la habitación y se dirige al sofá.]

HEDDA

[Le oye venir y dice en tono indiferente.]

—Y esta es una vista del Val d'Ampezzo, señor Lövborg. ¡Mire qué picos! [Mira afectuosamente a TESMAN.] ¿Cómo se llaman estos curiosos picos, querido?

TESMAN

—A ver. Oh, esos son los Dolomitas.

HEDDA

—¡Sí, eso es! Esos son los Dolomitas, señor Lövborg.

TESMAN

—Hedda, querida, solo quería preguntar si no debería traerte un poco de ponche después de todo. Para ti al menos, ¿eh?

HEDDA

—Sí, por favor; y quizás unas galletas.

TESMAN

—¿No quieres cigarrillos?

HEDDA

—No.

TESMAN

—Muy bien.

[Entra en la habitación interior y sale por la derecha. BRACK se sienta en la habitación interior y vigila de vez en cuando a HEDDA y a LÖVBORG.]

LÖVBORG

[En voz baja, como antes.]

—Contésteme, Hedda, ¿cómo pudo hacer esto?

HEDDA

[Aparentemente absorta en el álbum.]

—Si continúa tuteándome, no hablaré con usted.

LÖVBORG

—¿No puedo tutearla ni siquiera cuando estamos a solas?

HEDDA

—No. Puede pensarlo; pero no debe decirlo.

LÖVBORG

—Ah, entiendo. Es una ofensa contra Jorge Tesman, a quien usted... ama.

HEDDA

[Le mira y sonrío.]

—¿Amar? ¡Qué idea!

LÖVBORG

—¡Entonces no le ama!

HEDDA

—¡Pero no quiero oír hablar de ninguna clase de infidelidad! Recuérdelo.

LÖVBORG

—Hedda, contésteme una cosa...

HEDDA

—¡Silencio! [TESMAN entra con una pequeña bandeja desde la habitación interior.]

TESMAN

—¡Aquí tienes! ¿No es tentador? [Pone la bandeja sobre la mesa.]

HEDDA

—¿Por qué la traes tú mismo?

TESMAN

[Llenando los vasos.]

—Porque creo que es muy divertido servirte, Hedda.

HEDDA

—Pero has servido dos vasos. El señor Lövborg dijo que no quería nada...

TESMAN

—No, pero la señora Elvsted vendrá pronto, ¿no es así?

HEDDA

—Sí, por cierto, la señora Elvsted...

TESMAN

—¿La habías olvidado? ¿Eh?

HEDDA

—Estábamos tan absortos en estas fotografías. [Le muestra una foto.] ¿Recuerdas este pequeño pueblo?

TESMAN

—Oh, es ese que está justo debajo del paso del Brennero. Fue allí donde pasamos la noche...

HEDDA

—...y conocimos a ese animado grupo de turistas.

TESMAN

—Sí, ese era el lugar. Imagínate, ¡si te hubiéramos tenido con nosotros, Eilert! ¿Eh?

[Vuelve a la habitación interior y se sienta junto a BRACK.]

LÖVBORG

—Contésteme una cosa, Hedda...

HEDDA

—¿Y bien?

LÖVBORG

—¿Tampoco había amor en tu amistad por mí? ¿Ni una chispa, ni una pizca de amor en ella?

HEDDA

—Me pregunto si la había. A mí me parece que éramos dos buenos camaradas, dos amigos íntimos. [Sonriendo.] Usted, especialmente, era la franqueza personificada.

LÖVBORG

—Fue usted quien me hizo así.

HEDDA

—Al recordarlo todo, creo que había algo realmente hermoso, algo fascinante, algo audaz, en... en esa intimidad secreta, esa camaradería que ninguna criatura viviente ni siquiera soñó.

LÖVBORG

—¡Sí, sí, Hedda! ¿No es así? Cuando yo solía ir a casa de su padre por las tardes, y el General se sentaba junto a la ventana leyendo sus periódicos, de espaldas a nosotros...

HEDDA

—Y nosotros dos en el sofá de la esquina...

LÖVBORG

—Siempre con la misma revista ilustrada delante...

HEDDA

—A falta de un álbum, sí.

LÖVBORG

—Sí, Hedda, y cuando yo le hacía mis confesiones, le contaba cosas sobre mí que en aquel momento nadie más sabía. Allí me sentaba y le contaba mis escapadas, mis días y noches de diabluras. Oh, Hedda, ¿cuál era el poder en usted que me obligaba a confesar estas cosas?

HEDDA

—¿Cree que era algún poder en mí?

LÖVBORG

—¿De qué otro modo puedo explicarlo? Y todas esas... esas preguntas indirectas que solía hacerme...

HEDDA

—...que usted entendía tan particularmente bien...

LÖVBORG

—¿Cómo podía sentarse y preguntarme así? ¿Preguntarme con toda franqueza...?

HEDDA

—De forma indirecta, por favor, observe.

LÖVBORG

—Sí, pero con franqueza, no obstante. ¿Interrogarme sobre... todo ese tipo de cosas?

HEDDA

—¿Y cómo podía usted responder, señor Lövborg?

LÖVBORG

—Sí, eso es precisamente lo que no puedo entender, al recordarlo. Pero dígame ahora, Hedda, ¿no había amor en el fondo de nuestra amistad? Por su parte, ¿no sentía como si pudiera purgar mis manchas, si la hacía mi confesora? ¿No era así?

HEDDA

—No, no del todo.

LÖVBORG

—¿Cuál era su motivo, entonces?

HEDDA

—¿Cree que es del todo incomprensible que una joven, cuando se puede hacer sin que nadie lo sepa...?

LÖVBORG

—¿Y bien?

HEDDA

—...se alegre de echar un vistazo, de vez en cuando, a un mundo que...?

LÖVBORG

—¿Qué...?

HEDDA

—...¿del que se le prohíbe saber nada?

LÖVBORG

—¿Así que era eso?

HEDDA

—En parte. En parte, casi creo.

LÖVBORG

—Camaradería en la sed de vida. Pero, ¿por qué no habría de continuar eso, al menos?

HEDDA

—La culpa fue suya.

LÖVBORG

—Fue usted quien rompió conmigo.

HEDDA

—Sí, cuando nuestra amistad amenazaba con convertirse en algo más serio. ¡Qué vergüenza, Eilert Lövborg! ¿Cómo pudo pensar en agraviar a su... a su franca camarada?

LÖVBORG

[Aprieta los puños.]

—¡Oh, por qué no llevó a cabo su amenaza? ¿Por qué no me abatió a tiros?

HEDDA

—Porque le tengo un pavor terrible al escándalo.

LÖVBORG

—Sí, Hedda, en el fondo es usted una cobarde.

HEDDA

—Una terrible cobarde. [Cambiando de tono.] Pero fue una suerte para usted. Y ahora ha encontrado amplio consuelo en casa de los Elvsted.

LÖVBORG

—Sé lo que Thea le ha confiado.

HEDDA

—¿Y quizás usted le ha confiado algo sobre nosotros?

LÖVBORG

—Ni una palabra. Es demasiado estúpida para entender algo de ese tipo.

HEDDA

—¿Estúpida?

LÖVBORG

—Es estúpida en asuntos de ese tipo.

HEDDA

—Y yo soy cobarde. [Se inclina hacia él, sin mirarle a la cara, y dice más suavemente:] Pero ahora le confiaré algo.

LÖVBORG

[Ansiosamente.]

—¿Y bien?

HEDDA

—El hecho de que no me atreviera a matarle a tiros...

LÖVBORG

—¡Sí!

HEDDA

—...no fue mi absoluta cobardía, esa noche.

LÖVBORG

[La mira un momento, comprende, y susurra apasionadamente.]

—¡Oh, Hedda! ¡Hedda Gabler! ¡Ahora empiezo a ver una razón oculta bajo nuestra camaradería! ¡Usted y yo...! Después de todo, entonces, era su anhelo de vida...

HEDDA

[En voz baja, con una mirada aguda.]

—¡Cuidado! ¡No crea nada de eso!

[El crepúsculo ha comenzado a caer. BERTA abre la puerta del vestíbulo desde fuera.]

HEDDA

[Cierra el álbum de golpe y llama sonriendo:]

—¡Ah, por fin! ¡Mi querida Thea, entra!

La SEÑORA ELVSTED entra desde el vestíbulo. Viste de noche. La puerta se cierra tras ella.

HEDDA

[En el sofá, extiende los brazos hacia ella.]

—Mi dulce Thea, ¡no te imaginas cuánto te he estado esperando!

[La SEÑORA ELVSTED, al pasar, intercambia breves saludos con los caballeros de la habitación interior, luego se acerca a la mesa y le da la mano a HEDDA. EILERT LÖVBORG se ha levantado. Él y la SEÑORA ELVSTED se saludan con un silencioso asentimiento.]

SEÑORA ELVSTED

—¿Debería entrar a hablar con su marido un momento?

HEDDA

—Oh, en absoluto. Deje a esos dos solos. Pronto se irán.

SEÑORA ELVSTED

—¿Van a salir?

HEDDA

—Sí, a una cena.

SEÑORA ELVSTED

[Rápidamente, a LÖVBORG.]

—¿Usted no?

LÖVBORG

—No.

HEDDA

—El señor Lövborg se queda con nosotras.

SEÑORA ELVSTED

[Coge una silla y está a punto de sentarse a su lado.]

—¡Oh, qué bien se está aquí!

HEDDA

—¡No, gracias, mi pequeña Thea! ¡Ahí no! Tendrás la amabilidad de venir aquí conmigo. Me sentaré entre vosotros dos.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, como quieras.

[Rodea la mesa y se sienta en el sofá, a la derecha de HEDDA. LÖVBORG vuelve a sentarse en su silla.]

LÖVBORG

[Después de una breve pausa, a HEDDA.]

—¿No es encantadora de ver?

HEDDA

[Acariciándole ligeramente el pelo.]

—¡Solo de ver!

LÖVBORG

—Sí. Porque nosotros dos, ella y yo, somos dos verdaderos camaradas. Tenemos una fe absoluta el uno en el otro; así que podemos sentarnos y hablar con total franqueza...

HEDDA

—¿No de forma indirecta, señor Lövborg?

LÖVBORG

—Bueno...

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja, aferrándose a HEDDA.]

—¡Oh, qué feliz soy, Hedda! Porque, fíjate, dice que yo también le he inspirado.

HEDDA

[La mira con una sonrisa.]

—¡Ah! ¿Dice eso, querida?

LÖVBORG

—¡Y además es tan valiente, señora Tesman!

SEÑORA ELVSTED

—Cielo santo, ¿soy yo valiente?

LÖVBORG

—Extremadamente, en lo que respecta a su camarada.

HEDDA

—¡Ah, sí, el valor! ¡Si una lo tuviera!

LÖVBORG

—¿Entonces qué? ¿Qué quiere decir?

HEDDA

—Entonces la vida quizás sería vivible, después de todo. [Con un repentino cambio de tono.] Pero ahora, mi queridísima Thea, de verdad que tienes que tomarte un vaso de ponche frío.

SEÑORA ELVSTED

—No, gracias, nunca tomo nada de ese tipo.

HEDDA

—Bueno, entonces, usted, señor Lövborg.

LÖVBORG

—Yo tampoco, gracias.

SEÑORA ELVSTED

—No, él tampoco.

HEDDA

[Le mira fijamente.]

—¿Pero y si yo digo que debe hacerlo?

LÖVBORG

—Sería inútil.

HEDDA

[Riendo.]

—¿Entonces yo, pobre criatura, no tengo ningún poder sobre usted?

LÖVBORG

—No en ese aspecto.

HEDDA

—Pero en serio, creo que debería hacerlo, por su propio bien.

SEÑORA ELVSTED

—¡Pero, Hedda...!

LÖVBORG

—¿Cómo es eso?

HEDDA

—O más bien, por cuenta de los demás.

LÖVBORG

—¿De veras?

HEDDA

—De lo contrario, la gente podría sospechar que, en el fondo de su corazón, no se siente del todo seguro, del todo confiado en sí mismo.

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja.]

—¡Oh, por favor, Hedda...!

LÖVBORG

—La gente puede sospechar lo que quiera, por el momento.

SEÑORA ELVSTED

[Con alegría.]

—¡Sí, que lo hagan!

HEDDA

—Lo vi claramente en el rostro del Juez Brack hace un momento.

LÖVBORG

—¿Qué vio?

HEDDA

—Su sonrisa despectiva, cuando no se atrevió a entrar con ellos en la habitación interior.

LÖVBORG

—¿No me atreví? Por supuesto que preferí quedarme aquí y hablar con usted.

SEÑORA ELVSTED

—¿Qué podría ser más natural, Hedda?

HEDDA

—Pero el Juez no podía adivinar eso. Y también digo, la forma en que sonrió y miró a Tesman cuando usted no se atrevió a aceptar su invitación a esa miserable cenita suya.

LÖVBORG

—¡No me atreví! ¿Dice usted que no me atreví?

HEDDA

—Yo no lo digo. Pero así lo entendió el Juez Brack.

LÖVBORG

—Bueno, que lo entienda.

HEDDA

—¿Entonces no va con ellos?

LÖVBORG

—Me quedaré aquí con usted y con Thea.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, Hedda, ¿cómo puedes dudarlo?

HEDDA

[Sonríe y asiente con aprobación a LÖVBORG.]

—¡Firme como una roca! ¡Fiel a sus principios, ahora y siempre!
¡Ah, así es como debe ser un hombre! [Se vuelve hacia la SEÑORA
ELVSTED y la acaricia.] Bueno, ¿qué te dije cuando viniste a
nosotros esta mañana en tal estado de desesperación...?

LÖVBORG

[Sorprendido.]

—¡Desesperación!

SEÑORA ELVSTED

[Aterrada.]

—¡Hedda, oh, Hedda...!

HEDDA

—¡Puede verlo usted misma! No tiene la menor razón para estar
en un terror tan mortal... [Interrumpiéndose.] ¡Ahí está! ¡Ahora
podemos disfrutar los tres!

LÖVBORG

[Que ha dado un respingo.]

—Ah, ¿qué es todo esto, señora Tesman?

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, Dios mío, Hedda! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué estás
haciendo?

HEDDA

—¡No se altere! Ese horrible Juez Brack está sentado
observándola.

LÖVBORG

—¡Así que estaba en un terror mortal! ¡Por mi culpa!

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja y lastimera.]

—¡Oh, Hedda, ahora lo has arruinado todo!

LÖVBORG

[La mira fijamente por un momento. Su rostro está desfigurado.]

—¿Así que esa era la franca confianza de mi camarada en mí?

SEÑORA ELVSTED

[Implorante.]

—Oh, mi queridísimo amigo, solo déjame decirte...

LÖVBORG

[Coge uno de los vasos de ponche, se lo lleva a los labios y dice con voz baja y ronca.]

—¡A tu salud, Thea!

[Vacía el vaso, lo deja y coge el segundo.]

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja.]

—Oh, Hedda, Hedda, ¿cómo has podido hacer esto?

HEDDA

—¿Hacerlo yo? ¿Yo? ¿Estás loca?

LÖVBORG

—A su salud también, señora Tesman. Gracias por la verdad.
¡Hurra por la verdad!

[Vacía el vaso y está a punto de volver a llenarlo.]

HEDDA

[Pone la mano en su brazo.]

—Vamos, vamos, no más por ahora. Recuerde que va a salir a cenar.

SEÑORA ELVSTED

—¡No, no, no!

HEDDA

—¡Silencio! Están sentados observándole.

LÖVBORG

[Dejando el vaso.]

—Ahora, Thea, dime la verdad...

SEÑORA ELVSTED

—Sí.

LÖVBORG

—¿Sabía tu marido que habías venido tras de mí?

SEÑORA ELVSTED

[Retorciéndose las manos.]

—Oh, Hedda, ¿oyes lo que pregunta?

LÖVBORG

—¿Estaba arreglado entre tú y él que vinieras a la ciudad a cuidarme? ¿Quizás fue el propio Comisario quien te instó a venir? ¡Ajá, querida, sin duda quería mi ayuda en su oficina! ¿O fue en la mesa de juego donde me echó de menos?

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja, en agonía.]

—¡Oh, Lövborg, Lövborg...!

LÖVBORG

[Coge un vaso y está a punto de llenarlo.]

—¡Aquí hay un vaso también para el viejo Comisario!

HEDDA

[Impidiéndoselo.]

—No más por ahora. Recuerde que tiene que leerle su manuscrito a Tesman.

LÖVBORG

[Con calma, dejando el vaso.]

—Ha sido una estupidez por mi parte todo esto, Thea. Tomármelo de esta manera, quiero decir. No te enfades conmigo, mi querida, querida camarada. Ya verás, tanto tú como los demás, que si una vez caí, ¡ahora me he levantado de nuevo! Gracias a ti, Thea.

SEÑORA ELVSTED

[Radiante de alegría.]

—¡Oh, alabado sea el cielo...!

[BRACK, mientras tanto, ha mirado su reloj. Él y TESMAN se levantan y entran en el salón.]

BRACK

[Coge su sombrero y su abrigo.]

—Bueno, señora Tesman, ha llegado nuestra hora.

HEDDA

—Supongo que sí.

LÖVBORG

[Levantándose.]

—La mía también, Juez Brack.

SEÑORA ELVSTED

[En voz baja e implorante.]

—¡Oh, Lövborg, no lo haga!

HEDDA

[Pellizcándole el brazo.]

—¡Pueden oírte!

SEÑORA ELVSTED

[Con un grito ahogado.]

—¡Ay!

LÖVBORG

[A BRACK.]

—Tuvo la amabilidad de invitarme.

JUEZ BRACK

—Bueno, ¿viene después de todo?

LÖVBORG

—Sí, muchas gracias.

BRACK

—Estoy encantado...

LÖVBORG

[A TESMAN, metiéndose el paquete del manuscrito en el bolsillo.]

—Me gustaría mostrarte una o dos cosas antes de enviarlo a la imprenta.

TESMAN

—¡Imagínate, eso será delicioso! Pero, Hedda querida, ¿cómo va a volver a casa la señora Elvsted? ¿Eh?

HEDDA

—Oh, eso se puede arreglar de alguna manera.

LÖVBORG

[Mirando hacia las damas.]

—¿La señora Elvsted? Por supuesto, volveré a buscarla.
[Acercándose.] ¿A las diez o por ahí, señora Tesman? ¿Le parece

bien?

HEDDA

—Ciertamente. Estará magnífico.

TESMAN

—Bueno, entonces, todo en orden. Pero no me esperes tan temprano, Hedda.

HEDDA

—Oh, puedes quedarte tanto, tanto como quieras.

SEÑORA ELVSTED

[Tratando de ocultar su ansiedad.]

—Bueno, entonces, señor Lövborg, me quedaré aquí hasta que usted venga.

LÖVBORG

[Con el sombrero en la mano.]

—Haga el favor, señora Elvsted.

BRACK

—¡Y ahora parte el tren de la excursión, caballeros! Espero que tengamos un rato animado, como dice cierta bella dama.

HEDDA

—¡Ah, si tan solo la bella dama pudiera estar presente sin ser vista...!

BRACK

—¿Por qué sin ser vista?

HEDDA

—Para oír un poco de su animación de primera mano, Juez Brack.

BRACK

[Riendo.]

—No le aconsejaría a la bella dama que lo intentara.

TESMAN

[También riendo.]

—¡Vamos, eres única, Hedda! ¡Imagínate!

BRACK

—Bueno, adiós, adiós, señoras.

LÖVBORG

[Inclinándose.]

—Sobre las diez, entonces.

[BRACK, LÖVBORG y TESMAN salen por la puerta del vestíbulo. Al mismo tiempo, BERTA entra desde la habitación interior con una lámpara encendida, que coloca sobre la mesa del salón; sale por donde vino.]

SEÑORA ELVSTED

[Que se ha levantado y deambula inquieta por la habitación.]

—Hedda, Hedda, ¿qué saldrá de todo esto?

HEDDA

—A las diez, él estará aquí. Ya puedo verle, con hojas de parra en el pelo, sonrojado y audaz...

SEÑORA ELVSTED

—Oh, espero que sí.

HEDDA

—Y entonces, verá, entonces habrá recuperado el control sobre sí mismo. Entonces será un hombre libre para el resto de sus días.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, Dios! ¡Si tan solo viniera como le ve usted ahora!

HEDDA

—¡Vendrá como yo le veo, así y no de otra manera! [Se levanta y se acerca a THEA.] Puede dudar de él todo lo que quiera; yo creo en él. Y ahora intentaremos...

SEÑORA ELVSTED

—¡Usted tiene algún motivo oculto en esto, Hedda!

HEDDA

—Sí, lo tengo. Quiero, por una vez en mi vida, tener el poder de moldear un destino humano.

SEÑORA ELVSTED

—¿No tiene usted ese poder?

HEDDA

—No lo tengo, y nunca lo he tenido.

SEÑORA ELVSTED

—¿Ni el de su marido?

HEDDA

—¿Cree que vale la pena el esfuerzo? Oh, si tan solo pudiera comprender lo pobre que soy. ¡Y el destino la ha hecho a usted tan rica! [La abraza apasionadamente.] Creo que después de todo tendré que quemarle el pelo.

SEÑORA ELVSTED

—¡Suélteme! ¡Suélteme! ¡Le tengo miedo, Hedda!

BERTA

[En la abertura central.]

—El té está servido en el comedor, señora.

HEDDA

—Muy bien. Ya vamos.

SEÑORA ELVSTED

—¡No, no, no! ¡Prefiero irme a casa sola! ¡Ahora mismo!

HEDDA

—¡Tonterías! Primero tomarás una taza de té, tontita. Y luego, a las diez, Eilert Lövborg estará aquí, con hojas de parra en el pelo.

[Arrastra a la SEÑORA ELVSTED casi a la fuerza hacia la abertura central.]

ACTO TERCERO

La habitación en casa de los TESMAN. Las cortinas están corridas sobre la abertura central y también sobre la puerta de cristal. La lámpara, a media luz y con una pantalla, arde sobre la mesa. En la estufa, cuya puerta está abierta, ha habido un fuego que ahora está casi extinguido.

La SEÑORA ELVSTED, envuelta en un gran chal y con los pies sobre un reposapiés, está sentada cerca de la estufa, hundida en el sillón. HEDDA, completamente vestida, yace durmiendo en el sofá, con una manta sobre ella.

SEÑORA ELVSTED

[Después de una pausa, se incorpora de repente en su silla y escucha con atención. Luego se deja caer de nuevo, cansada, gimiendo para sí misma.]

—¡Todavía no! —¡Oh, Dios, oh, Dios, todavía no!

BERTA entra sigilosamente por la puerta del vestíbulo. Lleva una carta en la mano.

SEÑORA ELVSTED

[Se vuelve y susurra con avidez.]

—Y bien, ¿ha venido alguien?

BERTA

[En voz baja.]

—Sí, una muchacha acaba de traer esta carta.

SEÑORA ELVSTED

[Rápidamente, tendiendo la mano.]

—¡Una carta! ¡Démela!

BERTA

—No, es para el doctor Tesman, señora.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, ya veo.

BERTA

—La trajo la criada de la señorita Tesman. La dejaré aquí sobre la mesa.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, hágalo.

BERTA

[Dejando la carta.]

—Creo que será mejor que apague la lámpara. Echa humo.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, apáguela. Pronto amanecerá.

BERTA

[Apagando la lámpara.]

—Ya es de día, señora.

SEÑORA ELVSTED

—¡Sí, pleno día! ¡Y todavía no ha vuelto nadie...!

BERTA

—Dios la bendiga, señora, ya me imaginaba que así sería.

SEÑORA ELVSTED

—¿Se lo imaginaba?

BERTA

—Sí, cuando vi que cierta persona había vuelto a la ciudad, y que se fue con ellos. Porque ya hemos oído bastante sobre ese caballero.

SEÑORA ELVSTED

—No hable tan alto. Despertará a la señora Tesman.

BERTA

[Mira hacia el sofá y suspira.]

—No, no, déjela dormir, pobrecita. ¿Quiere que eche un poco de leña al fuego?

SEÑORA ELVSTED

—Gracias, por mí no.

BERTA

—Oh, muy bien. [Sale sigilosamente por la puerta del vestíbulo.]

HEDDA

[Se despierta al cerrarse la puerta y levanta la vista.]

—¿Qué ha sido eso...?

SEÑORA ELVSTED

—Solo era la criada.

HEDDA

[Mirando a su alrededor.]

—¡Oh, estamos aquí...! Sí, ahora recuerdo. [Se sienta erguida en el sofá, se estira y se frota los ojos.] ¿Qué hora es, Thea?

SEÑORA ELVSTED

[Mira su reloj.]

—Son más de las siete.

HEDDA

—¿Cuándo volvió Tesman a casa?

SEÑORA ELVSTED

—No ha venido.

HEDDA

—¿Todavía no ha vuelto a casa?

SEÑORA ELVSTED

[Levantándose.]

—No ha venido nadie.

HEDDA

—Y pensar que estuvimos aquí vigilando y esperando hasta las cuatro de la mañana...

SEÑORA ELVSTED

[Retorciéndose las manos.]

—¡Y cómo le vigilé y esperé yo!

HEDDA

[Bosteza y dice con la mano delante de la boca.]

—Bueno, bueno, podríamos habernos ahorrado la molestia.

SEÑORA ELVSTED

—¿Ha dormido un poco?

HEDDA

—Oh, sí; creo que he dormido bastante bien. ¿Usted no?

SEÑORA ELVSTED

—Ni un momento. ¡No pude, Hedda! Ni aunque me fuera la vida en ello.

HEDDA

[Se levanta y se acerca a ella.]

—¡Vamos, vamos, vamos! No hay por qué alarmarse tanto. Entiendo perfectamente lo que ha pasado.

SEÑORA ELVSTED

—Bueno, ¿qué cree usted? ¿No va a decírmelo?

HEDDA

—Pues, por supuesto, ha sido una velada muy larga en casa del Juez Brack...

SEÑORA ELVSTED

—Sí, sí, eso está bastante claro. Pero aun así...

HEDDA

—Y luego, verá, a Tesman no le ha apetecido volver a casa y despertarnos en mitad de la noche. [Riendo.] Quizás tampoco le apetecía mostrarse, inmediatamente después de una juerga.

SEÑORA ELVSTED

—Pero en ese caso, ¿adónde puede haber ido?

HEDDA

—Por supuesto, ha ido a casa de sus tías y ha dormido allí. Tienen su antigua habitación preparada para él.

SEÑORA ELVSTED

—No, no puede estar con ellas porque acaba de llegar una carta para él de la señorita Tesman. Ahí está.

HEDDA

—¿Ah, sí? [Mira la dirección.] Vaya, sí, está escrita con la letra de tía Julia. Bueno, entonces, se ha quedado en casa del Juez Brack. Y en cuanto a Eilert Lövborg, está sentado, con hojas de parra en el pelo, leyendo su manuscrito.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, Hedda, solo está diciendo cosas que no se cree en absoluto.

HEDDA

—Realmente eres una pequeña zoquete, Thea.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, sí, supongo que lo soy.

HEDDA

—Y qué aspecto tan mortalmente cansado tienes.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, estoy mortalmente cansada.

HEDDA

—Bueno, entonces, debes hacer lo que te diga. Tienes que ir a mi habitación y tumbarte un ratito.

SEÑORA ELVSTED

—Oh no, no, no podría dormir.

HEDDA

—Estoy segura de que sí.

SEÑORA ELVSTED

—Bueno, pero su marido seguro que vendrá pronto; y entonces quiero saberlo al instante...

HEDDA

—Me encargaré de avisarle cuando venga.

SEÑORA ELVSTED

—¿Me lo promete, Hedda?

HEDDA

—Sí, cuenta conmigo. Vete a dormir un rato mientras tanto.

SEÑORA ELVSTED

—Gracias; entonces lo intentaré. [Se va a la habitación interior.]

[HEDDA se acerca a la puerta de cristal y descorre las cortinas. La plena luz del día inunda la habitación. Luego coge un pequeño espejo de mano del escritorio, se mira en él y se arregla el pelo. A continuación, se dirige a la puerta del vestíbulo y pulsa el timbre.]

BERTA aparece al poco rato en la puerta del vestíbulo.

BERTA

—¿Deseaba algo, señora?

HEDDA

—Sí; debe poner más leña en la estufa. Estoy temblando.

BERTA

—¡Cielo santo, ahora mismo haré el fuego! [Junta las brasas y pone un trozo de leña sobre ellas; luego se detiene y escucha.] Han llamado a la puerta principal, señora.

HEDDA

—Entonces, vaya a la puerta. Yo me encargaré del fuego.

BERTA

—Pronto prenderá. [Sale por la puerta del vestíbulo.]

[HEDDA se arrodilla en el reposapiés y pone más trozos de leña en la estufa.]

Tras una breve pausa, JORGE TESMAN entra desde el vestíbulo. Se acerca de puntillas a la abertura central y está a punto de deslizarse entre las cortinas.

HEDDA

[Junto a la estufa, sin levantar la vista.]

—Buenos días.

TESMAN

[Se vuelve.]

—¡Hedda! [Acercándose a ella.] ¡Cielo santo, estás levantada tan temprano? ¿Eh?

HEDDA

—Sí, estoy levantada muy temprano esta mañana.

TESMAN

—¡Y yo que no dudaba de que todavía dormías profundamente! ¡Imagínate, Hedda!

HEDDA

—No hables tan alto. La señora Elvsted está descansando en mi habitación.

TESMAN

—¿Ha estado la señora Elvsted aquí toda la noche?

HEDDA

—Sí, puesto que nadie vino a buscarla.

TESMAN

—Ah, claro.

HEDDA

[Cierra la puerta de la estufa y se levanta.]

—Bueno, ¿os divertisteis en casa del Juez Brack?

TESMAN

—¿Has estado preocupada por mí? ¿Eh?

HEDDA

—No, nunca se me ocurriría preocuparme. Pero te he preguntado si te divertiste.

TESMAN

—Oh, sí, por una vez. Especialmente al principio de la noche; porque entonces Eilert me leyó parte de su libro. Llegamos más de

una hora antes, ¡imagínate! Y Brack tenía toda clase de preparativos que hacer, así que Eilert me leyó.

HEDDA

[Sentándose junto a la mesa, a la derecha.]

—¿Y bien? Cuéntame entonces...

TESMAN

[Sentado en un escabel cerca de la estufa.]

—¡Oh, Hedda, no puedes concebir qué libro va a ser ese! Creo que es una de las cosas más notables que se han escrito jamás. ¡Imagínate!

HEDDA

—Sí, sí; eso no me importa...

TESMAN

—Debo hacerte una confesión, Hedda. Cuando terminó de leer, un sentimiento horrible se apoderó de mí.

HEDDA

—¿Un sentimiento horrible?

TESMAN

—Sentí celos de Eilert por haber sido capaz de escribir semejante libro. ¡Piénsalo, Hedda!

HEDDA

—¡Sí, sí, estoy pensando!

TESMAN

—Y luego, qué lamentable pensar que él, con todos sus dones, sea incorregible, después de todo.

HEDDA

—Supongo que quieres decir que tiene más valor que los demás.

TESMAN

—No, en absoluto; quiero decir que es incapaz de disfrutar con moderación.

HEDDA

—¿Y en qué acabó todo, al final?

TESMAN

—Bueno, a decir verdad, creo que la mejor descripción sería una orgía, Hedda.

HEDDA

—¿Tenía hojas de parra en el pelo?

TESMAN

—¿Hojas de parra? No, no vi nada de eso. Pero pronunció un largo y divagante discurso en honor a la mujer que le había inspirado en su obra; esa fue la frase que usó.

HEDDA

—¿Dijo su nombre?

TESMAN

—No, no lo dijo; pero no puedo evitar pensar que se refería a la señora Elvsted. Puedes estar segura de que sí.

HEDDA

—Bueno, ¿dónde os separasteis?

TESMAN

—De camino a la ciudad. Nos dispersamos —al menos los últimos — todos juntos; y Brack vino con nosotros para tomar un poco de aire fresco. Y entonces, verás, acordamos llevar a Eilert a casa; porque había bebido mucho más de lo que le convenía.

HEDDA

—Me lo imagino.

TESMAN

—Pero ahora viene lo extraño, Hedda; o, más bien, lo melancólico. Te juro que casi me avergüenzo, por Eilert, de contártelo...

HEDDA

—¡Oh, continúa...!

TESMAN

—Bueno, al acercarnos a la ciudad, verás, me quedé un poco rezagado de los demás. Solo por uno o dos minutos, ¡imagínate!

HEDDA

—Sí, sí, sí, pero...

TESMAN

—Y entonces, mientras corría tras ellos, ¿qué crees que encontré junto al camino? ¿Eh?

HEDDA

—¡Oh, cómo voy a saberlo!

TESMAN

—¡No debes hablar de esto con nadie, Hedda! ¿Me oyes? Prométemelo, por el bien de Eilert. [Saca un paquete envuelto en papel del bolsillo de su abrigo.] Imagínate, querida, encontré esto.

HEDDA

—¿No es ese el paquete que llevaba ayer consigo?

TESMAN

—¡Sí, es todo su precioso e insustituible manuscrito! Y lo había perdido, sin saber nada. ¡Imagínate, Hedda! ¡Qué deplorable...!

HEDDA

—¿Pero por qué no le devolviste el paquete en el acto?

TESMAN

—No me atreví, en el estado en que se encontraba...

HEDDA

—¿No le dijiste a ninguno de los otros que lo habías encontrado?

TESMAN

—¡Oh, ni mucho menos! Comprenderás que, por el bien de Eilert, no haría eso.

HEDDA

—¿Así que nadie sabe que el manuscrito de Eilert Lövborg está en tu poder?

TESMAN

—No. Y nadie debe saberlo.

HEDDA

—Entonces, ¿qué le dijiste después?

TESMAN

—No volví a hablar con él; porque cuando llegamos a las calles, él y otros dos o tres nos dieron esquinazo y desaparecieron. ¡Imagínate!

HEDDA

—¡Vaya! Deben de haberlo llevado a casa entonces.

TESMAN

—Sí, eso parece. Y Brack también nos dejó.

HEDDA

—¿Y qué has estado haciendo desde entonces?

TESMAN

—Bueno, yo y algunos de los otros fuimos a casa de uno del grupo, un tipo muy alegre, y tomamos el café matutino con él; o quizás debería llamarlo el café nocturno, ¿eh? Pero ahora, cuando

haya descansado un poco y le haya dado tiempo a Eilert, pobre hombre, de dormir, debo devolverle esto.

HEDDA

[Tiende la mano para coger el paquete.]

—¡No, no se lo des! No con tanta prisa, quiero decir. Déjame leerlo primero.

TESMAN

—No, mi queridísima Hedda, no debo, de verdad que no debo.

HEDDA

—¿No debes?

TESMAN

—No, porque puedes imaginarte el estado de desesperación en que estará cuando despierte y eche en falta el manuscrito. ¡No tiene copia, sabes! Me lo dijo él.

HEDDA

[Mirándole inquisitivamente.]

—¿No se puede reproducir algo así? ¿Volver a escribirlo?

TESMAN

—No, no creo que sea posible. Por la inspiración, ya ves...

HEDDA

—Sí, sí, supongo que depende de eso... [Con ligereza.] Pero, por cierto, aquí hay una carta para ti.

TESMAN

—¡Imagínate...!

HEDDA

[Entregándosela.]

—Llegó temprano esta mañana.

TESMAN

—¡Es de tía Julia! ¿Qué podrá ser? [Deja el paquete en el otro escabel, abre la carta, la recorre con la vista y se levanta de un salto.] ¡Oh, Hedda, dice que la pobre tía Rina se está muriendo!

HEDDA

—Bueno, estábamos preparados para eso.

TESMAN

—Y que si quiero verla de nuevo, debo darme prisa. Iré a verlas ahora mismo.

HEDDA

[Reprimiendo una sonrisa.]

—¿Irás corriendo?

TESMAN

—¡Oh, mi queridísima Hedda, si tan solo te decidieras a venir conmigo! ¡Piénsalo!

HEDDA

[Se levanta y dice con cansancio, rechazando la idea.]

—No, no, no me lo pidas. No quiero ver enfermedad ni muerte. Detesto todo tipo de fealdad.

TESMAN

—¡Bueno, bueno, entonces...! [Ajetreado.] ¿Mi sombrero? ¿Mi abrigo? Oh, en el vestíbulo... ¡Espero no llegar demasiado tarde, Hedda! ¿Eh?

HEDDA

—Oh, si corres... [BERTA aparece en la puerta del vestíbulo.]

BERTA

—El Juez Brack está en la puerta y desea saber si puede entrar.

TESMAN

—¡A estas horas! No, es imposible que le vea.

HEDDA

—Pero yo sí puedo. [A BERTA.] Pídale al Juez Brack que entre.
[BERTA sale.]

HEDDA

[Rápidamente, susurrando.]

—¡El paquete, Tesman!

[Lo arrebató del escabel.]

TESMAN

—¡Sí, dámelo!

HEDDA

—No, no, lo guardaré hasta que vuelvas.

[Va al escritorio y lo coloca en la estantería. TESMAN permanece de pie, apurado, sin poder ponerse los guantes.]

El JUEZ BRACK entra desde el vestíbulo.

HEDDA

[Asintiendo hacia él.]

—Es usted un madrugador, debo decir.

BRACK

—Sí, ¿no le parece? [A TESMAN.] ¿Usted también está de salida?

TESMAN

—Sí, debo correr a casa de mis tías. Imagínese, la que está enferma se encuentra a las puertas de la muerte, pobre criatura.

BRACK

—Cielo santo, ¿de verdad? Entonces, por nada del mundo le entretengo. En un momento tan crítico...

TESMAN

—Sí, de verdad que debo correr... ¡Adiós! ¡Adiós!

[Sale apresuradamente por la puerta del vestíbulo.]

HEDDA

[Acercándose.]

—Parece que ha tenido usted una noche particularmente animada en su casa, Juez Brack.

BRACK

—Le aseguro que no me he quitado la ropa, señora Hedda.

HEDDA

—¿Usted tampoco?

BRACK

—No, como puede ver. Pero, ¿qué le ha contado Tesman de las aventuras de la noche?

HEDDA

—Oh, una historia aburrida. Solo que fueron a tomar café a algún sitio.

BRACK

—Ya he oído hablar de esa fiesta del café. Eilert Lövborg no estaba con ellos, ¿me equivoco?

HEDDA

—No, lo habían llevado a casa antes de eso.

BRACK

—¿Tesman también?

HEDDA

—No, pero algunos de los otros, dijo.

BRACK

[Sonriendo.]

—Jorge Tesman es realmente una criatura ingenua, señora Hedda.

HEDDA

—Sí, sabe Dios que lo es. Entonces, ¿hay algo detrás de todo esto?

BRACK

—Sí, quizás lo haya.

HEDDA

—Bueno, entonces, siéntese, mi querido Juez, y cuente su historia cómodamente.

[Se sienta a la izquierda de la mesa. BRACK se sienta cerca de ella, en el lado largo de la mesa.]

HEDDA

—¿Y bien?

BRACK

—Tenía razones especiales para seguir la pista de mis invitados, anoche.

HEDDA

—¿De Eilert Lövborg entre otros, quizás?

BRACK

—Francamente, sí.

HEDDA

—Ahora sí que me despierta la curiosidad...

BRACK

—¿Sabe dónde él y uno o dos de los otros terminaron la noche, señora Hedda?

HEDDA

—Si no es del todo inmencionable, dígamelo.

BRACK

—Oh no, no es en absoluto inmencionable. Bueno, hicieron acto de presencia en una soirée particularmente animada.

HEDDA

—¿Del tipo alegre?

BRACK

—De las más alegres...

HEDDA

—Cuénteme más de esto, Juez Brack...

BRACK

—Lövborg, así como los otros, habían sido invitados con antelación. Yo lo sabía todo. Pero él había declinado la invitación; porque ahora, como sabe, se ha convertido en un hombre nuevo.

HEDDA

—En casa de los Elvsted, sí. ¿Pero al final fue?

BRACK

—Bueno, verá, señora Hedda, desgraciadamente el espíritu se apoderó de él en mi casa anoche...

HEDDA

—Sí, oigo que encontró inspiración.

BRACK

—Una inspiración bastante violenta. Bueno, me imagino que eso alteró su propósito; porque los hombres, desgraciadamente, no

siempre somos tan firmes en nuestros principios como deberíamos.

HEDDA

—Oh, estoy segura de que usted es una excepción, Juez Brack. Pero, ¿y Lövborg...?

BRACK

—Para abreviar, acabó finalmente en los aposentos de Mademoiselle Diana.

HEDDA

—¿Los de Mademoiselle Diana?

BRACK

—Era Mademoiselle Diana quien daba la soirée, para un selecto círculo de admiradores y amigas.

HEDDA

—¿Es una mujer pelirroja?

BRACK

—Precisamente.

HEDDA

—Una especie de... ¿cantante?

BRACK

—Oh, sí, en sus momentos de ocio. Y además, una formidable cazadora de hombres, señora Hedda. Sin duda ha oído hablar de ella. Eilert Lövborg fue uno de sus más entusiastas protectores, en sus días de gloria.

HEDDA

—¿Y cómo terminó todo esto?

BRACK

—Lejos de ser amigablemente, al parecer. Después de un encuentro de lo más tierno, parece que llegaron a las manos...

HEDDA

—¿Lövborg y ella?

BRACK

—Sí. Él la acusó a ella o a sus amigos de haberle robado. Declaró que su cartera había desaparecido, y otras cosas también. En resumen, parece que armó un alboroto furioso.

HEDDA

—¿Y en qué acabó todo?

BRACK

—Acabó en una reyerta general, en la que participaron tanto las damas como los caballeros. Afortunadamente, la policía apareció finalmente en escena.

HEDDA

—¿La policía también?

BRACK

—Sí. Me temo que le saldrá cara la juerga a Eilert Lövborg, el loco que es.

HEDDA

—¿Por qué?

BRACK

—Parece que opuso una violenta resistencia, que golpeó a uno de los agentes en la cabeza y le arrancó la chaqueta. Así que tuvieron que llevárselo a la comisaría con el resto.

HEDDA

—¿Cómo se ha enterado de todo esto?

BRACK

—Por la propia policía.

HEDDA

[Mirando al frente.]

—Así que eso es lo que pasó. Entonces no tenía hojas de parra en el pelo.

BRACK

—¿Hojas de parra, señora Hedda?

HEDDA

[Cambiando de tono.]

—Pero dígame ahora, Juez, ¿cuál es su verdadera razón para rastrear los movimientos de Eilert Lövborg con tanto cuidado?

BRACK

—En primer lugar, no podría serme del todo indiferente si en el tribunal de policía constara que vino directamente de mi casa.

HEDDA

—¿Llegará el asunto a los tribunales, entonces?

BRACK

—Por supuesto. Sin embargo, apenas me habría preocupado tanto por eso. Pero pensé que, como amigo de la familia, era mi deber proporcionarles a usted y a Tesman un informe completo de sus hazañas nocturnas.

HEDDA

—¿Por qué, Juez Brack?

BRACK

—Pues porque tengo la astuta sospecha de que pretende usarla a usted como una especie de tapadera.

HEDDA

—¡Oh, cómo puede pensar tal cosa!

BRACK

—Cielo santo, señora Hedda, tenemos ojos en la cara. ¡Recuerde mis palabras! Esta señora Elvsted no tendrá ninguna prisa por abandonar la ciudad de nuevo.

HEDDA

—Bueno, incluso si hubiera algo entre ellos, supongo que hay muchos otros lugares donde podrían encontrarse.

BRACK

—Ni un solo hogar. De ahora en adelante, como antes, toda casa respetable estará cerrada para Eilert Lövborg.

HEDDA

—¿Y la mía también debería estarlo, quiere decir?

BRACK

—Sí. Confieso que sería más que doloroso para mí si este personaje tuviera libertad de acceso a su casa. Qué superfluo, qué intruso sería, si se abriera paso en...

HEDDA

—...¿en el triángulo?

BRACK

—Precisamente. Simplemente significaría que me encontraría sin hogar.

HEDDA

[Le mira con una sonrisa.]

—Así que quiere ser el único gallo en el corral, ese es su objetivo.

BRACK

[Asiente lentamente y baja la voz.]

—Sí, ese es mi objetivo. Y por eso lucharé, con todas las armas a mi alcance.

HEDDA

[Su sonrisa se desvanece.]

—Veo que es usted una persona peligrosa, llegado el momento.

BRACK

—¿Usted cree?

HEDDA

—Empiezo a pensarlo. Y me alegra enormemente pensar... que no tiene usted ningún tipo de poder sobre mí.

BRACK

[Riendo ambiguamente.]

—Bueno, bueno, señora Hedda, quizás tenga razón. Si lo tuviera, ¿quién sabe de qué sería capaz?

HEDDA

—¡Vamos, vamos, Juez Brack! Eso suena casi como una amenaza.

BRACK

[Levantándose.]

—¡Oh, en absoluto! El triángulo, sabe, debería, si es posible, construirse espontáneamente.

HEDDA

—En eso estoy de acuerdo con usted.

BRACK

—Bueno, ya he dicho todo lo que tenía que decir; y será mejor que vuelva a la ciudad. Adiós, señora Hedda. [Se dirige hacia la puerta de cristal.]

HEDDA

[Levantándose.]

—¿Va por el jardín?

BRACK

—Sí, es un atajo para mí.

HEDDA

—Y además, también es una puerta trasera.

BRACK

—Exacto. No tengo objeción a las puertas traseras. Pueden ser bastante picantes a veces.

HEDDA

—¿Cuando hay prácticas de tiro, quiere decir?

BRACK

[En el umbral, riendo hacia ella.]

—Oh, no creo que la gente le dispare a sus aves de corral.

HEDDA

[También riendo.]

—Oh no, cuando solo hay un gallo en el corral...

[Intercambian risueños asentimientos de despedida. Él se va. Ella cierra la puerta tras él.]

[HEDDA, que se ha puesto muy seria, se queda un momento mirando hacia fuera. Al poco rato, va y espía a través de la cortina sobre la abertura central. Luego se dirige al escritorio, saca el paquete de LÖVBORG de la estantería y está a punto de revisar su contenido. Se oye a BERTA hablar en voz alta en el vestíbulo. HEDDA se vuelve y escucha. Luego, guarda apresuradamente el paquete en el cajón y deja la llave sobre el tintero.]

EILERT LÖVBORG, con el abrigo puesto y el sombrero en la mano, abre de golpe la puerta del vestíbulo. Parece algo confuso e irritado.

LÖVBORG

[Mirando hacia el vestíbulo.]

—¡Y le digo que debo y voy a entrar! ¡Ya está!

[Cierra la puerta, se vuelve, ve a HEDDA, recupera al instante el control de sí mismo y hace una reverencia.]

HEDDA

[En el escritorio.]

—Bueno, señor Lövborg, es una hora bastante tardía para venir a por Thea.

LÖVBORG

—Quiere decir una hora bastante temprana para visitarla a usted. Le ruego me perdone.

HEDDA

—¿Cómo sabe que todavía está aquí?

LÖVBORG

—Me dijeron en su pensión que había estado fuera toda la noche.

HEDDA

[Yendo a la mesa ovalada.]

—¿Notó algo en la gente de la casa cuando dijeron eso?

LÖVBORG

[La mira interrogativamente.]

—¿Notar algo en ellos?

HEDDA

—Quiero decir, ¿les pareció extraño?

LÖVBORG

[Comprendiendo de repente.]

—¡Oh, sí, por supuesto! ¡La estoy arrastrando conmigo! Sin embargo, no noté nada. Supongo que Tesman aún no se ha levantado.

HEDDA

—No, creo que no...

LÖVBORG

—¿Cuándo volvió a casa?

HEDDA

—Muy tarde.

LÖVBORG

—¿Le contó algo?

HEDDA

—Sí, entendí que habían tenido una velada excesivamente alegre en casa del Juez Brack.

LÖVBORG

—¿Nada más?

HEDDA

—No creo. Sin embargo, estaba terriblemente somnolienta...

La SEÑORA ELVSTED entra a través de las cortinas de la abertura central.

SEÑORA ELVSTED

[Yendo hacia él.]

—¡Ah, Lövborg! ¡Al fin...!

LÖVBORG

—Sí, al fin. ¡Y demasiado tarde!

SEÑORA ELVSTED

[Le mira con ansiedad.]

—¿Qué es demasiado tarde?

LÖVBORG

—Todo es demasiado tarde ahora. Todo ha terminado para mí.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh no, no, no diga eso!

LÖVBORG

—Usted dirá lo mismo cuando oiga...

SEÑORA ELVSTED

—¡No quiero oír nada!

HEDDA

—Quizás prefiera hablar con ella a solas. Si es así, les dejaré.

LÖVBORG

—No, quédese, usted también. Le ruego que se quede.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, pero no quiero oír nada, le digo.

LÖVBORG

—No son las aventuras de anoche de lo que quiero hablar.

SEÑORA ELVSTED

—¿Qué es entonces...?

LÖVBORG

—Quiero decir que ahora nuestros caminos deben separarse.

SEÑORA ELVSTED

—¡Separarse!

HEDDA

[Involuntariamente.]

—¡Lo sabía!

LÖVBORG

—Ya no puedes serme de más ayuda, Thea.

SEÑORA ELVSTED

—¡Cómo puede decir eso! ¡No más ayuda para usted! ¿No voy a ayudarle ahora, como antes? ¿No vamos a seguir trabajando juntos?

LÖVBORG

—De ahora en adelante no haré ningún trabajo.

SEÑORA ELVSTED

[Desesperada.]

—Entonces, ¿qué voy a hacer con mi vida?

LÖVBORG

—Debe intentar vivir su vida como si nunca me hubiera conocido.

SEÑORA ELVSTED

—¡Pero sabe que no puedo hacer eso!

LÖVBORG

—Inténtelo si puede, Thea. Debe volver a casa...

SEÑORA ELVSTED

[Con vehemente protesta.]

—¡Jamás en la vida! ¡Donde usted esté, allí estaré yo también! ¡No dejaré que me echen así! ¡Me quedaré aquí! Estaré con usted cuando aparezca el libro.

HEDDA

[En voz baja, en suspense.]

—¡Ah, sí, el libro!

LÖVBORG

[La mira.]

—Mi libro y el de Thea; porque eso es lo que es.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, siento que lo es. ¡Y por eso tengo derecho a estar con usted cuando aparezca! ¡Veré con mis propios ojos cómo el respeto y el honor llueven sobre usted de nuevo! Y la felicidad, la felicidad, ¡oh, debo compartirla con usted!

LÖVBORG

—Thea, nuestro libro nunca aparecerá.

HEDDA

—¡Ah!

SEÑORA ELVSTED

—¡Nunca aparecerá!

LÖVBORG

—No puede aparecer.

SEÑORA ELVSTED

[Con angustiosa premonición.]

—Lövborg, ¿qué ha hecho con el manuscrito?

HEDDA

[Le mira con ansiedad.]

—Sí, ¿el manuscrito...?

SEÑORA ELVSTED

—¿Dónde está?

LÖVBORG

—El manuscrito... Bueno, pues... he rasgado el manuscrito en mil pedazos.

SEÑORA ELVSTED

[Grita.]

—¡Oh no, no...!

HEDDA

[Involuntariamente.]

—Pero eso no es...

LÖVBORG

[La mira.]

—¿No es verdad, cree usted?

HEDDA

[Recomponiéndose.]

—Oh, bueno, por supuesto, ya que usted lo dice. Pero sonaba tan improbable...

LÖVBORG

—Es verdad, de todos modos.

SEÑORA ELVSTED

[Retorciéndose las manos.]

—¡Oh, Dios, oh, Dios, Hedda, ha hecho pedazos su propia obra!

LÖVBORG

—He hecho pedazos mi propia vida. ¿Así que por qué no habría de hacer pedazos también la obra de mi vida?

SEÑORA ELVSTED

—¿Y lo hizo anoche?

LÖVBORG

—¡Sí, le digo! Lo hice mil pedazos y los esparcí por el fiordo, mar adentro. Allí hay agua de mar fresca, al menos, que floten en ella, que floten con la corriente y el viento. Y luego, al poco, se hundirán, más y más profundo, como yo, Thea.

SEÑORA ELVSTED

—Sabe, Lövborg, que lo que ha hecho con el libro... lo recordaré hasta el día de mi muerte como si hubiera matado a un niño pequeño.

LÖVBORG

—Sí, tiene razón. Es una especie de infanticidio.

SEÑORA ELVSTED

—¿Cómo pudo, entonces...? ¿No me pertenecía a mí también el niño?

HEDDA

[Casi inaudible.]

—Ah, el niño...

SEÑORA ELVSTED

[Respirando con dificultad.]

—Todo ha terminado, entonces. Bueno, bueno, ahora me iré, Hedda.

HEDDA

—¿Pero no se va de la ciudad?

SEÑORA ELVSTED

—Oh, no sé qué haré. No veo más que oscuridad ante mí. [Sale por la puerta del vestíbulo.]

HEDDA

[Espera un momento.]

—¿Así que no la va a acompañar a casa, señor Lövborg?

LÖVBORG

—¿Yo? ¿Por las calles? ¿Querría que la gente la viera caminando conmigo?

HEDDA

—Claro que no sé qué más pudo haber pasado anoche. ¿Pero es tan completamente irreparable?

LÖVBORG

—No terminará con anoche, lo sé perfectamente. Y la cuestión es que ahora tampoco tengo gusto por ese tipo de vida. No la empezaré de nuevo. Ella ha quebrado mi valor y mi fuerza para enfrentar la vida.

HEDDA

[Mirando al frente.]

—Así que esa bonita tontita ha metido sus dedos en el destino de un hombre. [Le mira.] Pero, de todos modos, ¿cómo pudo tratarla con tanta crueldad?

LÖVBORG

—¡Oh, no diga que fui cruel!

HEDDA

—¡Ir y destruir lo que ha llenado toda su alma durante meses y años! ¡Y no lo llama cruel!

LÖVBORG

—A usted puedo decirle la verdad, Hedda.

HEDDA

—¿La verdad?

LÖVBORG

—Primero prométame, déme su palabra, que lo que ahora le confío, Thea nunca lo sabrá.

HEDDA

—Le doy mi palabra.

LÖVBORG

—Bien. Entonces déjeme decirle que lo que dije hace un momento era falso.

HEDDA

—¿Sobre el manuscrito?

LÖVBORG

—Sí. No lo he hecho pedazos, ni lo he arrojado al fiordo.

HEDDA

—No, no... Pero, ¿dónde está entonces?

LÖVBORG

—Lo he destruido no obstante, ¡completamente destruido, Hedda!

HEDDA

—No lo entiendo.

LÖVBORG

—Thea dijo que lo que había hecho le parecía un infanticidio.

HEDDA

—Sí, eso dijo.

LÖVBORG

—Pero matar a su hijo no es lo peor que un padre puede hacerle.

HEDDA

—¿No es lo peor?

LÖVBORG

—Supongamos ahora, Hedda, que un hombre, de madrugada, llega a casa de la madre de su hijo después de una noche de juerga

y libertinaje, y dice: «Escucha, he estado aquí y allá, en este lugar y en aquel. Y me he llevado a nuestro hijo, a este lugar y a aquel. Y he perdido al niño, completamente perdido. El diablo sabe en qué manos habrá caído, quién lo tendrá en sus garras».

HEDDA

—Bueno, pero al fin y al cabo, sabe, esto era solo un libro...

LÖVBORG

—El alma pura de Thea estaba en ese libro.

HEDDA

—Sí, eso entiendo.

LÖVBORG

—Y puede entender, también, que para ella y para mí juntos no hay futuro posible.

HEDDA

—¿Qué camino piensa tomar entonces?

LÖVBORG

—Ninguno. Solo intentaré ponerle fin a todo, cuanto antes mejor.

HEDDA

[Un paso más cerca de él.]

—Eilert Lövborg, escúcheme. ¿No intentaré... hacerlo bellamente?

LÖVBORG

—¿Bellamente? [Sonriendo.] ¿Con hojas de parra en el pelo, como soñaba usted en los viejos tiempos...?

HEDDA

—No, no. He perdido mi fe en las hojas de parra. ¡Pero bellamente, no obstante! ¡Por una vez! ¡Adiós! Debe irse ahora, y no vuelva más por aquí.

LÖVBORG

—Adiós, señora Tesman. Y dele mis afectos a Jorge Tesman.

[Está a punto de irse.]

HEDDA

—¡No, espere! Debo darle un recuerdo para que se lo lleve.

[Va al escritorio y abre el cajón y el estuche de las pistolas; luego regresa hacia LÖVBORG con una de las pistolas.]

LÖVBORG

[La mira.]

—¿Esto? ¿Es este el recuerdo?

HEDDA

[Asintiendo lentamente.]

—¿La reconoce? Una vez estuvo apuntada hacia usted.

LÖVBORG

—Debería haberla usado entonces.

HEDDA

—Tómela, y úsela usted ahora.

LÖVBORG

[Guarda la pistola en el bolsillo de su pecho.]

—¡Gracias!

HEDDA

—Y que sea bellamente, Eilert Lövborg. ¡Prométamelo!

LÖVBORG

—Adiós, Hedda Gabler. [Sale por la puerta del vestíbulo.]

[HEDDA escucha un momento en la puerta. Luego se acerca al escritorio, saca el paquete del manuscrito, espía bajo la cubierta,

saca unas cuantas hojas a medias y las mira. A continuación, se dirige al sillón junto a la estufa y se sienta con el paquete en su regazo. Al poco rato abre la puerta de la estufa, y luego el paquete.]

HEDDA

[Arroja uno de los cuadernillos al fuego y susurra para sí misma.]

—¡Ahora estoy quemando a tu hijo, Thea! ¡Quemándolo, rizitos! [Arrojando uno o dos cuadernillos más a la estufa.] Tu hijo y el de Eilert Lövborg. [Arroja el resto.] Estoy quemando... estoy quemando a vuestro hijo.

ACTO CUARTO

Las mismas habitaciones en casa de los TESMAN. Es de noche. El salón está a oscuras. La habitación del fondo está iluminada por la lámpara colgante sobre la mesa. Las cortinas de la puerta de cristal están corridas.

HEDDA, vestida de negro, pasea de un lado a otro en la habitación oscura. Luego entra en la habitación del fondo y desaparece un momento a la izquierda. Se la oye tocar unos acordes en el piano. Al poco rato, vuelve a aparecer y regresa al salón.

BERTA entra por la derecha, a través de la habitación interior, con una lámpara encendida, que coloca sobre la mesa frente al canapé de la esquina en el salón. Sus ojos están rojos de llorar y lleva cintas negras en la cofia. Sale silenciosa y circunspecta por la derecha. HEDDA se acerca a la puerta de cristal, levanta un poco la cortina y mira hacia la oscuridad.

Poco después, la SEÑORITA TESMAN, de luto, con sombrero y velo, entra desde el vestíbulo. HEDDA se dirige hacia ella y le tiende la mano.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, Hedda, aquí estoy, de luto y desolada; pues mi pobre hermana al fin ha encontrado la paz.

HEDDA

—Ya he recibido la noticia, como ve. Tesman me envió una tarjeta.

SEÑORITA TESMAN

—Sí, me prometió que lo haría. Pero, no obstante, pensé que a Hedda —aquí en la casa de la vida— debía yo misma traerle la noticia de la muerte.

HEDDA

—Fue muy amable de su parte.

SEÑORITA TESMAN

—Ah, Rina no debería habernos dejado justo ahora. No es momento para que la casa de Hedda sea una casa de luto.

HEDDA

[Cambiando de tema.]

—Murió en paz, ¿no es así, señorita Tesman?

SEÑORITA TESMAN

—Oh, su final fue tan tranquilo, tan hermoso. Y además tuvo la inefable felicidad de ver a Jorge una vez más, y de despedirse de él. ¿Aún no ha vuelto a casa?

HEDDA

—No. Escribió que podría retrasarse. ¿Pero no quiere sentarse?

SEÑORITA TESMAN

—No, gracias, mi querida, querida Hedda. Me gustaría, pero tengo tanto que hacer. Debo preparar a mi querida para su descanso lo mejor que pueda. Irá a su tumba con su mejor aspecto.

HEDDA

—¿No puedo ayudarla de alguna manera?

SEÑORITA TESMAN

—¡Oh, no debe ni pensarlo! Hedda Tesman no debe participar en tan lúgubre tarea. Ni tampoco debe pensar en ello, no en este momento.

HEDDA

—Una no siempre es dueña de sus pensamientos...

SEÑORITA TESMAN

[Continuando.]

—Ah, sí, así es el mundo. En casa coseremos un sudario; y aquí pronto habrá costura también, supongo, ipero de otro tipo, gracias a Dios!

JORGE TESMAN entra por la puerta del vestíbulo.

HEDDA

—¡Ah, por fin has llegado!

TESMAN

—¿Tú aquí, tía Julia? ¿Con Hedda? ¡Imagínate!

SEÑORITA TESMAN

—Justo me iba, mi querido niño. Bueno, ¿has hecho todo lo que prometiste?

TESMAN

—No; me temo que he olvidado la mitad. Debo volver a verte mañana. Hoy tengo la cabeza hecha un torbellino. No puedo ordenar mis pensamientos.

SEÑORITA TESMAN

—Pero, mi querido Jorge, no debes tomártelo así.

TESMAN

—¿No debo...? ¿Qué quieres decir?

SEÑORITA TESMAN

—Incluso en tu dolor debes alegrarte, como yo, alegrarte de que esté en paz.

TESMAN

—Oh, sí, sí, estás pensando en tía Rina.

HEDDA

—Se sentirá sola ahora, señorita Tesman.

SEÑORITA TESMAN

—Al principio, sí. Pero no durará mucho, espero. Me atrevo a decir que pronto encontraré un ocupante para la pequeña habitación de Rina.

TESMAN

—¿De verdad? ¿Quién crees que la ocupará? ¿Eh?

SEÑORITA TESMAN

—Oh, siempre hay algún pobre enfermo que necesita cuidados, por desgracia.

HEDDA

—¿Realmente volvería a asumir esa carga?

SEÑORITA TESMAN

—¡Una carga! Que el cielo te perdone, niña, no ha sido ninguna carga para mí.

HEDDA

—Pero supongamos que tuviera a un completo extraño a su cargo...

SEÑORITA TESMAN

—Oh, una pronto hace amistad con los enfermos; y es una necesidad absoluta para mí tener a alguien por quien vivir. Bueno, alabado sea el cielo, puede que pronto haya algo en esta casa también para mantener ocupada a una tía vieja.

HEDDA

—Oh, no se preocupe por nada de aquí.

TESMAN

—Sí, ¡imagínate qué bien lo pasaríamos los tres juntos, si...?

HEDDA

—¿Si...?

TESMAN

[Inquieto.]

—Oh, nada. Todo se arreglará. Esperemos que sí, ¿eh?

SEÑORITA TESMAN

—Bueno, bueno, me imagino que ustedes dos querrán hablar.
[Sonriendo.] Y quizás Hedda tenga algo que contarte también, Jorge. ¡Adiós! Debo ir a casa con Rina. [Volviéndose en la puerta.] ¡Qué extraño es pensar que ahora Rina está conmigo y con mi pobre hermano también!

TESMAN

—¡Sí, imagínate, tía Julia! ¿Eh?

[La SEÑORITA TESMAN sale por la puerta del vestíbulo.]

HEDDA

[Sigue a TESMAN con la mirada, fría e inquisitiva.]

—Casi creo que la muerte de tu tía Rina te afecta más a ti que a tu tía Julia.

TESMAN

—Oh, no es solo eso. Es por Eilert por quien estoy terriblemente preocupado.

HEDDA

[Rápidamente.]

—¿Hay alguna novedad sobre él?

TESMAN

—Pasé por su casa esta tarde, con la intención de decirle que el manuscrito estaba a buen recaudo.

HEDDA

—Bueno, ¿le encontraste?

TESMAN

—No. No estaba en casa. Pero después me encontré con la señora Elvsted, y me dijo que él había estado aquí temprano esta mañana.

HEDDA

—Sí, justo después de que te fueras.

TESMAN

—Y dijo que había hecho pedazos su manuscrito, ¿eh?

HEDDA

—Sí, así lo declaró.

TESMAN

—¡Vaya, cielo santo, debía de estar completamente loco! ¿Y supongo que pensaste que era mejor no devolvérselo, Hedda?

HEDDA

—No, no lo recibí.

TESMAN

—Pero, por supuesto, ¿le dijiste que lo teníamos nosotros?

HEDDA

—No. [Rápidamente.] ¿Se lo dijiste a la señora Elvsted?

TESMAN

—No; pensé que era mejor no hacerlo. Pero deberías habérselo dicho. ¡Imagínate si, en su desesperación, va y se hace algún daño! ¡Déjame el manuscrito, Hedda! Se lo llevaré ahora mismo. ¿Dónde está?

HEDDA

[Fría e inmóvil, apoyada en el sillón.]

—No lo tengo.

TESMAN

—¿No lo tienes? ¿Qué diablos quieres decir?

HEDDA

—Lo he quemado, cada línea.

TESMAN

[Con un violento movimiento de terror.]

—¡Quemado! ¡Quemado el manuscrito de Eilert!

HEDDA

—No grites tanto. La criada podría oírte.

TESMAN

—¡Quemado! ¡Pero, por Dios...! ¡No, no, no! ¡Es imposible!

HEDDA

—Así es, no obstante.

TESMAN

—¿Sabes lo que has hecho, Hedda? Es apropiación indebida de propiedad perdida. ¡Imagínate! Pregúntale al Juez Brack, y él te dirá lo que es.

HEDDA

—Te aconsejo que no hables de ello, ni al Juez Brack ni a nadie más.

TESMAN

—Pero, ¿cómo pudiste hacer algo tan inaudito? ¿Qué se te metió en la cabeza? ¿Qué te poseyó? Contéstame a eso, ¿eh?

HEDDA

[Reprimiendo una sonrisa casi imperceptible.]

—Lo hice por tu bien, Jorge.

TESMAN

—¡Por mi bien!

HEDDA

—Esta mañana, cuando me contaste lo que te había leído...

TESMAN

—Sí, sí, ¿y entonces qué?

HEDDA

—Reconociste que envidiabas su obra.

TESMAN

—Oh, por supuesto, no lo decía literalmente.

HEDDA

—No importa, no podía soportar la idea de que alguien te eclipsara.

TESMAN

[En un arrebatado de duda y alegría mezcladas.]

—¡Hedda! Oh, ¿es esto verdad? Pero... pero... nunca antes te había visto mostrar tu amor así. ¡Imagínate!

HEDDA

—Bueno, más vale que te diga que, justo en este momento... [Interrumpiéndose con impaciencia.] No, no; puedes preguntarle a tía Julia. Ella te lo dirá, sin falta.

TESMAN

—¡Oh, casi creo que te entiendo, Hedda! [Junta las manos.] ¡Cielo santo! ¿Lo dices de verdad? ¿Eh?

HEDDA

—No grites tanto. La criada podría oír.

TESMAN

[Riendo con alegría incontenible.]

—¡La criada! ¡Vaya, qué absurda eres, Hedda! ¡Si es solo mi vieja Berta! ¡Pues se lo diré a Berta yo mismo!

HEDDA

[Apretando los puños con desesperación.]

—¡Oh, me está matando... me está matando todo esto!

TESMAN

—¿El qué, Hedda? ¿Eh?

HEDDA

[Fría, controlándose.]

—Toda esta... absurdidad, Jorge.

TESMAN

—¡Absurdidad! ¿Ves algo absurdo en que me alegre tanto con la noticia? Pero, después de todo, quizás sea mejor que no le diga nada a Berta.

HEDDA

—Oh, ¿por qué no eso también?

TESMAN

—¡No, no, todavía no! Pero sin duda debo decírselo a tía Julia. ¡Y que has empezado a llamarme Jorge también! ¡Imagínate! Oh, tía Julia estará tan feliz, ¡tan feliz!

HEDDA

—¿Cuando oiga que he quemado el manuscrito de Eilert Lövborg, por tu bien?

TESMAN

—No, por cierto, ese asunto del manuscrito, por supuesto, nadie debe saberlo. Pero que me quieras tanto, Hedda, ¡tía Julia debe compartir mi alegría por eso! Me pregunto ahora si este tipo de cosas es habitual en las esposas jóvenes. ¿Eh?

HEDDA

—Creo que deberías hacerle esa pregunta también a tía Julia.

TESMAN

—Lo haré, en algún momento. [Parece inquieto y abatido de nuevo.] Y sin embargo, el manuscrito... ¡el manuscrito! ¡Dios mío! Es terrible pensar qué será del pobre Eilert ahora.

La SEÑORA ELVSTED, vestida como en el primer acto, con sombrero y capa, entra por la puerta del vestíbulo.

SEÑORA ELVSTED

[Les saluda apresuradamente y dice con evidente agitación.]

—Oh, querida Hedda, perdona que vuelva.

HEDDA

—¿Qué te pasa, Thea?

TESMAN

—Algo sobre Eilert Lövborg de nuevo, ¿eh?

SEÑORA ELVSTED

—¡Sí! Tengo un miedo espantoso de que le haya ocurrido alguna desgracia.

HEDDA

[La agarra del brazo.]

—Ah, ¿eso crees?

TESMAN

—Pero, Dios mío, ¿qué le hace pensar eso, señora Elvsted?

SEÑORA ELVSTED

—Les oí hablar de él en mi pensión, justo cuando entraba. Oh, hoy circulan los rumores más increíbles sobre él.

TESMAN

—¡Sí, imagínate, yo también lo oí! Y puedo dar fe de que anoche se fue directamente a la cama. ¡Imagínate!

HEDDA

—Bueno, ¿qué decían en la pensión?

SEÑORA ELVSTED

—Oh, no pude entender nada con claridad. O no sabían nada concreto, o bien... Dejaron de hablar cuando me vieron; y no me atreví a preguntar.

TESMAN

[Moviéndose inquieto.]

—Debemos esperar, debemos esperar que los haya entendido mal, señora Elvsted.

SEÑORA ELVSTED

—No, no; estoy segura de que hablaban de él. Y oí algo sobre el hospital o...

TESMAN

—¿El hospital?

HEDDA

—No, ¡seguro que no puede ser!

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, estaba en un terror mortal! Fui a su casa y pregunté por él.

HEDDA

—¡Fuiste capaz de decidirte a eso, Thea!

SEÑORA ELVSTED

—¿Qué otra cosa podía hacer? Realmente no podía soportar más la incertidumbre.

TESMAN

—Pero tampoco le encontraste, ¿eh?

SEÑORA ELVSTED

—No. Y la gente no sabía nada de él. No había vuelto a casa desde ayer por la tarde, decían.

TESMAN

—¡Ayer! Imagínate, ¿cómo pueden decir eso?

SEÑORA ELVSTED

—Oh, estoy segura de que algo terrible le ha pasado.

TESMAN

—Hedda querida, ¿qué tal si voy a preguntar...?

HEDDA

—No, no, no te metas en este asunto.

El JUEZ BRACK, con el sombrero en la mano, entra por la puerta del vestíbulo, que BERTA abre y cierra tras él. Parece serio y hace una reverencia en silencio.

TESMAN

—Oh, ¿es usted, mi querido Juez? ¿Eh?

BRACK

—Sí. Era imperativo que le viera esta noche.

TESMAN

—¿Veo que ha oído la noticia sobre tía Rina?

BRACK

—Sí, entre otras cosas.

TESMAN

—Es triste, ¿verdad?

BRACK

—Bueno, mi querido Tesman, eso depende de cómo se mire.

TESMAN

[Le mira con duda.]

—¿Ha pasado algo más?

BRACK

—Sí.

HEDDA

[En suspense.]

—¿Algo triste, Juez Brack?

BRACK

—Eso también depende de cómo se mire, señora Tesman.

SEÑORA ELVSTED

[Incapaz de contener su ansiedad.]

—¡Oh! ¡Es algo sobre Eilert Lövborg!

BRACK

[Con una mirada hacia ella.]

—¿Qué le hace pensar eso, señora? ¿Quizás ya ha oído algo...?

SEÑORA ELVSTED

[Confundida.]

—No, nada en absoluto, pero...

TESMAN

—¡Oh, por el amor de Dios, díganos!

BRACK

[Encogiéndose de hombros.]

—Bueno, lamento decir que Eilert Lövborg ha sido llevado al hospital. Se encuentra al borde de la muerte.

SEÑORA ELVSTED

[Grita.]

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios...!

TESMAN

—¡Al hospital! ¡Y al borde de la muerte!

HEDDA

[Involuntariamente.]

—Tan pronto, entonces...

SEÑORA ELVSTED

[Llorando.]

—¡Y nos separamos enfadados, Hedda!

HEDDA

[Susurra.]

—¡Thea, Thea, ten cuidado!

SEÑORA ELVSTED

[Sin hacerle caso.]

—¡Debo ir a verle! ¡Debo verle vivo!

BRACK

—Es inútil, señora. No se admitirán visitas.

SEÑORA ELVSTED

—Oh, al menos dígame, ¿qué le ha pasado? ¿Qué es?

TESMAN

—No querrá decir que él mismo... ¿Eh?

HEDDA

—Sí, estoy segura de que sí.

BRACK

[Manteniendo los ojos fijos en ella.]

—Desgraciadamente, ha acertado usted de pleno, señora Tesman.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, qué horrible!

TESMAN

—¡Él mismo, entonces! ¡Imagínate!

HEDDA

—¡Se ha pegado un tiro!

BRACK

—Acertado de nuevo, señora Tesman.

SEÑORA ELVSTED

[Con un esfuerzo por controlarse.]

—¿Cuándo ocurrió, señor Brack?

BRACK

—Esta tarde, entre las tres y las cuatro.

TESMAN

—Pero, Dios mío, ¿dónde lo hizo? ¿Eh?

BRACK

[Con cierta vacilación.]

—¿Dónde? Bueno, supongo que en su casa.

SEÑORA ELVSTED

—No, eso no puede ser; porque yo estuve allí entre las seis y las siete.

BRACK

—Bueno, entonces en otro lugar. No lo sé exactamente. Solo sé que fue encontrado... Se había disparado en el pecho.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, qué terrible! ¡Que muriera así!

HEDDA

[A BRACK.]

—¿Fue en el pecho?

BRACK

—Sí, como le dije.

HEDDA

—¿No en la sien?

BRACK

—En el pecho, señora Tesman.

HEDDA

—Bueno, bueno, el pecho también es un buen sitio.

BRACK

—¿Qué quiere decir, señora Tesman?

HEDDA

[Evasivamente.]

—Oh, nada, nada.

TESMAN

—Y la herida es peligrosa, dice usted, ¿eh?

BRACK

—Absolutamente mortal. El final probablemente ya ha llegado.

SEÑORA ELVSTED

—Sí, sí, lo siento. ¡El final! ¡El final! ¡Oh, Hedda...!

TESMAN

—Pero dígame, ¿cómo se ha enterado de todo esto?

BRACK

[Secamente.]

—Por uno de la policía. Un hombre con el que tenía un asunto.

HEDDA

[Con voz clara.]

—¡Al fin un acto que vale la pena!

TESMAN

[Aterrado.]

—¡Cielo santo, Hedda! ¿Qué estás diciendo?

HEDDA

—Digo que hay belleza en esto.

BRACK

—Mmm, señora Tesman...

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, Hedda, cómo puedes hablar de belleza en un acto así!

HEDDA

—Eilert Lövborg ha saldado sus cuentas con la vida. Ha tenido el valor de hacer lo único correcto.

SEÑORA ELVSTED

—¡No, nunca debe pensar que fue así como ocurrió! Debió de ser en un delirio que lo hizo.

TESMAN

—¡Desesperado!

HEDDA

—Eso no. Estoy segura de ello.

SEÑORA ELVSTED

—¡Sí, sí! ¡En un delirio! Igual que cuando rompió nuestro manuscrito.

BRACK

[Sobresaltándose.]

—¿El manuscrito? ¿Lo ha roto?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, anoche.

TESMAN

[Susurra suavemente.]

—Oh, Hedda, nunca superaremos esto.

BRACK

—Mmm, muy extraordinario.

TESMAN

[Moviéndose por la habitación.]

—¡Y pensar que Eilert se ha ido de este mundo de esta manera! Y sin dejar tras de sí el libro que habría inmortalizado su nombre...

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, si tan solo se pudiera recomponer!

TESMAN

—¡Sí, si tan solo se pudiera! No sé qué no daría...

SEÑORA ELVSTED

—Quizás se pueda, señor Tesman.

TESMAN

—¿Qué quiere decir?

SEÑORA ELVSTED

[Busca en el bolsillo de su vestido.]

—Mire. He guardado todas las notas sueltas que él solía dictar.

HEDDA

[Un paso adelante.]

—¡Ah...!

TESMAN

—¡Las ha guardado, señora Elvsted! ¿Eh?

SEÑORA ELVSTED

—Sí, las tengo aquí. Las metí en el bolsillo cuando salí de casa. Aquí están todavía...

TESMAN

—¡Oh, déjeme verlas!

SEÑORA ELVSTED

[Le entrega un fajo de papeles.]

—Pero están en tal desorden, todo mezclado.

TESMAN

—¡Imagínate si pudiéramos sacar algo en claro de ellas, después de todo! Quizás si los dos nos pusiéramos a ello...

SEÑORA ELVSTED

—Oh, sí, al menos intentémoslo...

TESMAN

—¡Lo conseguiremos! ¡Debemos hacerlo! Dedicaré mi vida a esta tarea.

HEDDA

—¿Tú, Jorge? ¿Tu vida?

TESMAN

—Sí, o más bien todo el tiempo que pueda dedicarle. Mis propias colecciones tendrán que esperar mientras tanto. Hedda, lo entiendes, ¿eh? Se lo debo a la memoria de Eilert.

HEDDA

—Quizás.

TESMAN

—Y así, mi querida señora Elvsted, nos dedicaremos por completo a ello. No sirve de nada darle vueltas a lo que no se puede deshacer, ¿eh? Debemos intentar controlar nuestro dolor tanto como sea posible, y...

SEÑORA ELVSTED

—Sí, sí, señor Tesman, haré lo mejor que pueda.

TESMAN

—Bueno, entonces, venga aquí. No puedo descansar hasta que hayamos revisado las notas. ¿Dónde nos sentamos? ¿Aquí? No, allí, en la habitación del fondo. Discúlpeme, mi querido Juez. Venga conmigo, señora Elvsted.

SEÑORA ELVSTED

—¡Oh, si tan solo fuera posible!

[TESMAN y la SEÑORA ELVSTED entran en la habitación del fondo. Ella se quita el sombrero y la capa. Ambos se sientan a la mesa bajo la lámpara colgante y pronto se sumergen en un ávido examen de

los papeles. HEDDA cruza hacia la estufa y se sienta en el sillón. Al poco, BRACK se acerca a ella.]

HEDDA

[En voz baja.]

—Oh, qué sensación de libertad da este acto de Eilert Lövborg.

BRACK

—¿Libertad, señora Hedda? Bueno, por supuesto, es una liberación para él...

HEDDA

—Me refiero a mí. Me da una sensación de libertad saber que un acto de valor deliberado todavía es posible en este mundo, un acto de belleza espontánea.

BRACK

[Sonriendo.]

—Mmm, mi querida señora Hedda...

HEDDA

—Oh, sé lo que va a decir. Porque usted también es una especie de especialista, como... ¡ya sabe!

BRACK

[Mirándola fijamente.]

—Eilert Lövborg era más para usted de lo que quizás esté dispuesta a admitir. ¿Me equivoco?

HEDDA

—No respondo a tales preguntas. Solo sé que Eilert Lövborg ha tenido el valor de vivir su vida a su manera. Y luego, ¡el último gran acto, con su belleza! ¡Ah! Que tuviera la voluntad y la fuerza de apartarse del banquete de la vida, tan pronto.

BRACK

—Lo siento, señora Hedda, pero me temo que debo disipar una amable ilusión.

HEDDA

—¿Ilusión?

BRACK

—Que no podría haber durado mucho en cualquier caso.

HEDDA

—¿Qué quiere decir?

BRACK

—Eilert Lövborg no se disparó voluntariamente.

HEDDA

—¿No voluntariamente?

BRACK

—No. La cosa no ocurrió exactamente como la conté.

HEDDA

[En suspense.]

—¿Ha ocultado algo? ¿Qué es?

BRACK

—Por el bien de la pobre señora Elvsted, idealicé un poco los hechos.

HEDDA

—¿Cuáles son los hechos?

BRACK

—Primero, que ya está muerto.

HEDDA

—¿En el hospital?

BRACK

—Sí, sin recuperar el conocimiento.

HEDDA

—¿Qué más ha ocultado?

BRACK

—Esto: el suceso no ocurrió en su casa.

HEDDA

—Oh, eso no puede hacer ninguna diferencia.

BRACK

—Quizás sí. Porque debo decirle que Eilert Lövborg fue encontrado con un disparo en... en el boudoir de Mademoiselle Diana.

HEDDA

[Hace un gesto como para levantarse, pero se deja caer de nuevo.]

—¡Eso es imposible, Juez Brack! No puede haber estado allí de nuevo hoy.

BRACK

—Estuvo allí esta tarde. Fue, dijo, a exigir la devolución de algo que le habían quitado. Habló incoherentemente de un niño perdido...

HEDDA

—Ah, por eso...

BRACK

—Pensé que probablemente se refería a su manuscrito; pero ahora oigo que él mismo lo destruyó. Así que supongo que debía de ser su cartera.

HEDDA

—Sí, sin duda. ¿Y allí, allí fue encontrado?

BRACK

—Sí, allí. Con una pistola en el bolsillo del pecho, descargada. La bala se había alojado en una parte vital.

HEDDA

—En el pecho, ¿sí?

BRACK

—No, en las entrañas.

HEDDA

[Le mira con una expresión de repugnancia.]

—¡Eso también! Oh, ¿qué maldición es la que hace que todo lo que toco se vuelva ridículo y mezquino?

BRACK

—Hay un punto más, señora Hedda, otro rasgo desagradable en el asunto.

HEDDA

—¿Y cuál es?

BRACK

—La pistola que llevaba...

HEDDA

[Sin aliento.]

—¿Y bien? ¿Qué pasa con ella?

BRACK

—Debió de robarla.

HEDDA

[Se levanta de un salto.]

—¡Robarla! ¡Eso no es verdad! ¡No la robó!

BRACK

—No hay otra explicación posible. Debió de robarla... ¡Silencio!

TESMAN y la SEÑORA ELVSTED se han levantado de la mesa en la habitación del fondo y entran en el salón.

TESMAN

[Con los papeles en ambas manos.]

—Hedda, querida, es casi imposible ver bajo esa lámpara. ¡Imagínate!

HEDDA

—Sí, estoy pensando.

TESMAN

—¿Te importaría que nos sentáramos en tu escritorio, eh?

HEDDA

—Si quieres. [Rápidamente.] ¡No, espera! ¡Déjame despejarlo primero!

TESMAN

—Oh, no tienes que molestarte, Hedda. Hay mucho espacio.

HEDDA

—¡No, no, déjame despejarlo, digo! Cogeré estas cosas y las pondré en el piano. ¡Ahí!

[Ha sacado un objeto, cubierto con partituras, de debajo de la estantería, coloca varias otras partituras sobre él y lleva todo a la habitación interior, a la izquierda. TESMAN deja los trozos de papel en el escritorio y traslada la lámpara allí desde la mesa de la esquina. Él y la señora Elvsted se sientan y continúan con su trabajo. HEDDA regresa.]

HEDDA

[Detrás de la silla de la señora Elvsted, revolviéndole suavemente el pelo.]

—Bueno, mi dulce Thea, ¿cómo va el monumento a Eilert Lövborg?

SEÑORA ELVSTED

[La mira con desánimo.]

—Oh, será terriblemente difícil de ordenar.

TESMAN

—Debemos conseguirlo. Estoy decidido. Y ordenar los papeles de otras personas es justo el trabajo para mí.

[HEDDA se acerca a la estufa y se sienta en uno de los escabeles. BRACK se para sobre ella, apoyado en el sillón.]

HEDDA

[Susurra.]

—¿Qué dijo sobre la pistola?

BRACK

[En voz baja.]

—Que debió de robarla.

HEDDA

—¿Por qué robarla?

BRACK

—Porque cualquier otra explicación debería ser imposible, señora Hedda.

HEDDA

—¿De verdad?

BRACK

[La mira de reojo.]

—Por supuesto, Eilert Lövborg estuvo aquí esta mañana. ¿No es así?

HEDDA

—Sí.

BRACK

—¿Estuvo a solas con él?

HEDDA

—Parte del tiempo.

BRACK

—¿No salió usted de la habitación mientras él estaba aquí?

HEDDA

—No.

BRACK

—Intente recordar. ¿No estuvo fuera de la habitación un momento?

HEDDA

—Sí, quizás solo un momento, en el vestíbulo.

BRACK

—¿Y dónde estaba su estuche de pistolas durante ese tiempo?

HEDDA

—Lo tenía guardado bajo llave en...

BRACK

—¿Y bien, señora Hedda?

HEDDA

—El estuche estaba allí, en el escritorio.

BRACK

—¿Ha mirado desde entonces, para ver si ambas pistolas están ahí?

HEDDA

—No.

BRACK

—Bueno, no es necesario. Vi la pistola encontrada en el bolsillo de Lövborg, y la reconocí al instante como la que había visto ayer, y antes también.

HEDDA

—¿La tiene usted consigo?

BRACK

—No; la tiene la policía.

HEDDA

—¿Qué hará la policía con ella?

BRACK

—Buscar hasta encontrar al propietario.

HEDDA

—¿Cree que lo conseguirán?

BRACK

[Se inclina sobre ella y susurra.]

—No, Hedda Gabler, no mientras yo no diga nada.

HEDDA

[Le mira asustada.]

—Y si no dice nada, ¿entonces qué?

BRACK

[Se encoge de hombros.]

—Siempre existe la posibilidad de que la pistola fuera robada.

HEDDA

[Firmemente.]

—Antes la muerte.

BRACK

[Sonriendo.]

—La gente dice esas cosas, pero no las hace.

HEDDA

[Sin responder.]

—Y suponiendo que la pistola no fue robada, y que se descubre al propietario, ¿entonces qué?

BRACK

—Bueno, Hedda, ¿entonces viene el escándalo!

HEDDA

—¡El escándalo!

BRACK

—Sí, el escándalo, al que usted le tiene un miedo mortal. Por supuesto, será llevada ante el tribunal, tanto usted como Mademoiselle Diana. Ella tendrá que explicar cómo ocurrió el suceso, si fue un disparo accidental o un asesinato. ¿Se disparó la pistola mientras él intentaba sacarla del bolsillo para amenazarla? ¿O le arrancó ella la pistola de la mano, le disparó y la volvió a meter en su bolsillo? Eso sería muy propio de ella; porque es una joven de constitución robusta, esta Mademoiselle Diana.

HEDDA

—Pero yo no tengo nada que ver con todo este asunto repugnante.

BRACK

—No. Pero tendrá que responder a la pregunta: ¿Por qué le dio usted la pistola a Eilert? ¿Y qué conclusiones sacará la gente del hecho de que usted se la diera?

HEDDA

[Deja caer la cabeza.]

—Es verdad. No había pensado en eso.

BRACK

—Bueno, afortunadamente, no hay peligro, mientras yo no diga nada.

HEDDA

[Le mira.]

—Así que estoy en su poder, Juez Brack. Me tiene a su entera disposición, de ahora en adelante.

BRACK

[Susurra suavemente.]

—Queridísima Hedda, créame, no abusaré de mi ventaja.

HEDDA

—Estoy en su poder, no obstante. Sujeta a su voluntad y a sus exigencias. ¡Una esclava, una esclava entonces! [Se levanta impetuosamente.] ¡No, no puedo soportar la idea de eso! ¡Nunca!

BRACK

[La mira con aire medio burlón.]

—La gente generalmente se acostumbra a lo inevitable.

HEDDA

[Le devuelve la mirada.]

—Sí, quizás. [Cruza hacia el escritorio. Reprimiendo una sonrisa involuntaria, imita las entonaciones de TESMAN.] ¿Y bien? ¿Estáis avanzando, Jorge? ¿Eh?

TESMAN

—Sabe Dios, querida. En cualquier caso, será trabajo de meses.

HEDDA

[Como antes.]

—¡Imagínate! [Pasa las manos suavemente por el pelo de la señora Elvsted.] ¿No te parece extraño, Thea? ¿Estás aquí sentada con Tesman, tal como solías sentarte con Eilert Lövborg?

SEÑORA ELVSTED

—¡Ah, si tan solo pudiera inspirar a tu marido de la misma manera!

HEDDA

—Oh, eso también llegará, con el tiempo.

TESMAN

—Sí, sabes, Hedda, realmente creo que empiezo a sentir algo parecido. ¿Pero no quieres ir a sentarte con Brack de nuevo?

HEDDA

—¿No hay nada que pueda hacer para ayudaros?

TESMAN

—No, nada en el mundo. [Volviendo la cabeza.] Confío en que le hagas compañía a Hedda, mi querido Brack.

BRACK

[Con una mirada a HEDDA.]

—Con el mayor de los placeres.

HEDDA

—Gracias. Pero estoy cansada esta noche. Entraré a recostarme un poco en el sofá.

TESMAN

—Sí, hazlo, querida, ¿eh?

[HEDDA entra en la habitación del fondo y corre las cortinas. Una breve pausa. De repente, se la oye tocar una danza salvaje en el piano.]

SEÑORA ELVSTED

[Se levanta de un salto.]

—Oh, ¿qué es eso?

TESMAN

[Corre hacia la abertura.]

—Pero, mi queridísima Hedda, ¡no toques música de baile esta noche! ¡Piensa en tía Rina! ¡Y en Eilert también!

HEDDA

[Asoma la cabeza entre las cortinas.]

—Y en tía Julia. Y en todos los demás. Después de esto, estaré callada. [Cierra las cortinas de nuevo.]

TESMAN

[En el escritorio.]

—No es bueno para ella vernos en este trabajo tan penoso. Te diré una cosa, señora Elvsted: ocuparás la habitación vacía en casa de tía Julia, y luego yo pasaré por las tardes y podremos sentarnos a trabajar allí, ¿eh?

HEDDA

[En la habitación interior.]

—Oigo lo que dices, Tesman. ¿Pero cómo voy a pasar las noches aquí fuera?

TESMAN

[Revolviendo los papeles.]

—Oh, me imagino que el Juez Brack será tan amable de pasar de vez en cuando, aunque yo no esté.

BRACK

[En el sillón, exclama alegremente.]

—¡Todas y cada una de las noches, con el mayor placer del mundo, señora Tesman! ¡Nos llevaremos de maravilla, nosotros dos!

HEDDA

[Hablando alto y claro.]

—Sí, ¿no se haga ilusiones de que lo haremos, Juez Brack? Ahora que es usted el único gallo en el corral...

[Se oye un disparo dentro. TESMAN, la SEÑORA ELVSTED y BRACK se levantan de un salto.]

TESMAN

—Oh, ahora está jugando de nuevo con esas pistolas.

[Abre las cortinas de un tirón y entra corriendo, seguido por la SEÑORA ELVSTED. HEDDA yace tendida en el sofá, sin vida. Confusión y gritos. BERTA entra alarmada por la derecha.]

TESMAN

[Grita a BRACK.]

—¡Se ha disparado! ¡Se ha disparado en la sien! ¡Imagínate!

BRACK

[Medio desmayado en el sillón.]

—¡Dios Santo! La gente no hace esas cosas.

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB